

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

**LEÓN XIV:
«HACERSE PEQUEÑO PARA QUE ÉL
SEA CONOCIDO Y GLORIFICADO»**



Año LXXXII– Núm. 1127 Junio-julio 2025



ÍNDICE DE CONTENIDOS

| | | | |
|-----------|--|-----------|--|
| 3 | Razón del número | 33 | Reseña bibliográfica <i>Evaristo Palomar</i> |
| 5 | «En el único Cristo somos uno» <i>León XIV</i> | 35 | Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i> |
| 8 | «Que sea su fiel administrador en favor de todo el Cuerpo místico» <i>León XIV</i> | 38 | Pro beatificación padre Enrique Ramière |
| 11 | «Esta herencia cristiana todavía os pertenece» <i>León XIV</i> | 39 | Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i> |
| 14 | Schola cumple 100 años <i>Javier González</i> | 42 | Actualidad religiosa <i>Javier González</i> |
| 19 | Padre Ramón Orlandis. Vida y labor apostólica <i>Jose M^a Alsina</i> | 44 | Actualidad política <i>Jorge Soley/Piero Viganego Busquets</i> |
| 25 | Algunos recuerdos del padre Orlandis <i>Teresa Lamarca Abelló</i> | | |
| 29 | Mis recuerdos del padre Orlandis <i>Oriol Anguera de Sojo</i> | | |
| 31 | «Dilexit nos». La confirmación del carisma apostólico del padre Orlandis <i>Francesc Manresa i Lamarca</i> | | |

Razón del número

Dos celebraciones

Schola ha celebrado sus cien años de historia al mismo tiempo que la Iglesia inaugura un nuevo pontificado. Hemos dedicado el número a ambos acontecimientos, unidos por la Providencia en el tiempo.

HEMOS vivido últimamente en el plazo de una semana dos acontecimientos que, de un modo providencial, dejarán en los redactores de *Cristiandad* un recuerdo gozoso y agradecido en nuestras memorias. El 8 de mayo los cardenales reunidos en cónclave eligían al cardenal Robert Prevost, con una brevedad admirable, como nuevo sucesor del apóstol Pedro, con el nombre de León XIV. Como era de esperar, desde la muerte del papa Francisco, las especulaciones periodísticas se habían multiplicado, las ilusiones y los temores eran de todos los colores, pero desde el momento en que aparece el nuevo Papa en el balcón del Vaticano todo cambió, la sencillez y sobrenaturalidad de su porte y de sus primeras palabras dieron lugar a un estallido de alegría y de paz realmente extraordinario. Este es el ambiente que ha rodeado las intensas jornadas con que se ha iniciado su pontificado, coincidiendo con los actos que se van sucediendo con ocasión del año jubilar. Como homenaje y en comunión con el nuevo Vicario de Cristo reproducimos algunas de

sus primeras intervenciones públicas, homilías, discursos o mensajes. De un modo especial agradecemos al nuevo Papa las palabras dedicadas al Sagrado Corazón de Jesús y santa Teresita del Niño Jesús en su mensaje a los obispos franceses con ocasión del centenario de la canonización de san Juan Eudes, del Cura de Ars y de santa Teresita

El segundo acontecimiento, que para *Cristiandad* ha sido motivo de gran gozo y agradecimiento a Dios, ha sido la celebración del centenario de la fundación de *Schola Cordis Iesu* por el padre Ramón Orlandis. La revista *Cristiandad*, jurídicamente no es la revista de Schola, pero sí es la revista que refleja la formación y actividad apostólica específica de los miembros de Schola. Como decía José María Petit «*Cristiandad* es algo esencial a *Schola Cordis Iesu*». Por todo ello también hemos querido dedicar parte de este número a reseñar los actos de celebración de este centenario.

En estos días nos han llamado la atención unas palabras del Papa que son muy oportunas para nosotros al hacer referencia a la impor-

tancia que tiene para la vida de una institución, que quiera perseverar con fidelidad en el fin que le dieron su fundadores, la memoria de su pasado: «La memoria es un elemento esencial en un organismo vivo; no está enfocada sólo al pasado, sino que nutre el presente y orienta al futuro. Sin memoria se pierde el rumbo, se pierde el sentido del camino». (24 de mayo) y «recordar, es volver a dirigir la atención del corazón a lo que hemos vivido y aprendido, para penetrar más profundamente en el significado y saborear su belleza» (25 de mayo).

En este recuerdo de un pasado del que hemos recibido todo lo que somos es de justicia hacer memoria de alguna de las personas que transmitieron el legado del padre Orlandis con una entrega y fidelidad muy admirable, sin ellos Schola y *Cristiandad* no serían lo que son. En primer lugar dos personas que mantuvieron la institución a la muerte del padre Orlandis, en unos años de dificultades, de futuro incierto y de manifiesta soledad, me refiero a **Francisco Canals**, continuador en el magisterio del padre Orlandis, y

a **María Asunción López**, mujer admirable por su labor callada pero imprescindible, con su presencia física permanente en los locales de Schola, como secretaria de redacción de la revista *Cristiandad* y desde su máquina de escribir pasaron por sus dedos todo aquello que iba dictando el profesor Canals. Hoy al

*Como decía José María Petit
«Cristiandad es algo esencial a
Schola Cordis Iesu».*

publicar sus obras completas nos admiramos del ingente, silencioso e importante trabajo realizado a lo largo de sus muchos años de vida.

Al principio de los años 60 se acercan a Schola una nueva generación de jóvenes universitarios, procedentes, igual que los de la primera generación, de la Congregación Mariana. Entre ellos destacó desde un primer momento un estudiante de ingeniería, que terminaría dedicándose a la filosofía, como catedrático de Universidad. Su valía intelectual

extraordinaria, iba unida a una simpatía y también capacidad organizativa, así nos lo describe su maestro Francisco Canals: «**José María Petit Sullà** era un hombre profundo. Profundo en la dimensión más central de su vida humana, la de hombre religioso. Profundo también en su inconfundible actitud de hombre laborioso en sus actividades técnicas y económicas y en su expansiva y generosa comunicación magisterial en lo apostólico y en lo científico en el ámbito universitario. Petit daba porque tenía que dar y porque quería comunicar bien, experiencia, ciencia, verdad».

Finalmente, aunque sea simplemente nombrándolos, no podemos dejar de hacer memoria de los tres directores o consiliarios jesuitas que sucedieron al padre Orlandis: Francisco Segura, Casimiro Puig, y Pedro Suñer. Ellos también hicieron posible con su celo por que se mantuviese vivo el legado del padre Orlandis, la continuidad de Schola Cordis Iesu. Tenemos la confianza que desde el Cielo continúen intercediendo para que seamos apóstoles fervorosos del Corazón de Jesús.

Legión de almas pequeñas

Canals no sólo recogió, profundizó y proyectó el pensamiento del padre Orlandis sino que se hizo portavoz de sus consignas de comportamiento: «colaborad, colaborad, colaborad», «aquí, aquí, aquí» (refiriéndose a la colaboración de todos en Schola); «lo nuestro es la devoción al Sagrado Corazón»; repetía, a continuación del «*com deia el pare Orlandis*».

Pero su bagaje cultural humanístico, su originalidad en filosofía, su profundidad teológica, su seriedad científica en todos los campos, no deben ocultarnos una faceta fundamental, la más importante de todas: su sobrenaturalismo, su devoción sencilla, de arraigo popular.

Cristiandad 931 (febrero de 2009) 3

«En el único Cristo nosotros somos uno»

Papa León XIV

*Celebración eucarística por el inicio del ministerio petrino del obispo de Roma
León XIV (homilía, plaza de San Pedro, 18 de mayo).*

QUERIDOS hermanos cardenales, hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático, un saludo a los peregrinos que han venido con ocasión del Jubileo de las cofradías.

Hermanos y hermanas, los saludo a todos con el corazón lleno de gratitud, al inicio del ministerio que me ha sido confiado. Escribía san Agustín: «Nos has hecho para ti, [Señor,] y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (*Confesiones*, 1,1.1).

En estos últimos días, hemos vivido un tiempo particularmente intenso. La muerte del papa Francisco ha llenado de tristeza nuestros corazones y, en esas horas difíciles, nos hemos sentido como esas multitudes que el Evangelio describe «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Precisamente en el día de Pascua recibimos su última bendición y, a la luz de la resurrección, afrontamos ese momento con la certeza de que el Señor nunca abandona a su pueblo, lo reúne cuando

está disperso y lo cuida «como un pastor a su rebaño» (Jr 31,10).

Con este espíritu de fe, el Colegio de los cardenales se reunió para el cónclave; llegando con historias personales y caminos diferentes, hemos puesto en las manos de Dios el deseo de elegir al nuevo sucesor de Pedro, el Obispo de Roma, un pastor capaz de custodiar el rico patrimonio de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de mirar más allá, para saber afrontar los interrogantes, las inquietudes y los desafíos de hoy. Acompañados por sus oraciones, hemos experimentado la obra del Espíritu Santo, que ha sabido armonizar los distintos instrumentos musicales, haciendo vibrar las cuerdas de nuestro corazón en una única melodía.

Fui elegido sin tener ningún mérito y, con temor y temblor, vengo a ustedes como un hermano que quiere hacerse siervo de su fe y de su alegría, caminando con ustedes por el camino del amor de Dios, que nos quiere a todos unidos en una única familia.



Amor y unidad: estas son las dos dimensiones de la misión que Jesús confió a Pedro.

Nos lo narra ese pasaje del Evangelio que nos conduce al lago de Tiberíades, el mismo donde Jesús

Con mi predecesor León XIII, hoy podemos preguntarnos: si esta caridad prevaleciera en el mundo, «¿no parece que acabaría por extinguirse bien pronto toda lucha allí donde ella entrara en vigor en la sociedad civil?» (carta enc. Rerum novarum, 20).

había comenzado la misión recibida del Padre: «pescar» a la humanidad para salvarla de las aguas del mal y de la muerte. Pasando por la orilla de ese lago, había llamado a Pedro y a los primeros discípulos a ser como Él «pescadores de hombres»; y ahora, después de la resurrección, les

corresponde precisamente a ellos llevar adelante esta misión: no dejar de lanzar la red para sumergir la esperanza del Evangelio en las aguas del mundo; navegar en el mar de la vida para que todos puedan reunirse en el abrazo de Dios.

¿Cómo puede Pedro llevar a cabo esta tarea? El Evangelio nos dice que es posible sólo porque ha experimentado en su propia vida el amor infinito e incondicional de Dios, incluso en la hora del fracaso y la negación. Por eso, cuando es Jesús quien se dirige a Pedro, el Evangelio usa el verbo griego *agapao* —que se refiere al amor que Dios tiene por nosotros, a su entrega sin reservas ni cálculos—, diferente al verbo usado para la respuesta de Pedro, que en cambio describe el amor de amistad, que intercambiamos entre nosotros.

Cuando Jesús le pregunta a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (Jn 21,16), indica, pues, el amor del Padre. Es como si Jesús le dijera: sólo si has conocido y experimentado el amor de Dios, que nunca

falla, podrás apacentar a mis cordeles; sólo en el amor de Dios Padre podrás amar a tus hermanos «aún más», es decir, hasta ofrecer la vida por ellos.

A Pedro, pues, se le confía la tarea de «amar aún más» y de dar su vida por el rebaño. El ministerio de Pedro está marcado precisamente por este amor oblativo, porque la Iglesia de Roma preside en la caridad y su verdadera autoridad es la caridad de Cristo. No se trata nunca de atrapar a los demás con el sometimiento, con la propaganda religiosa o con los medios del poder, sino que se trata siempre y solamente de amar como lo hizo Jesús.

Él —afirma el mismo apóstol Pedro— «es la piedra que ustedes, los constructores, han rechazado, y ha llegado a ser la piedra angular» (Hch 4,11). Y si la piedra es Cristo, Pedro debe apacentar el rebaño sin ceder nunca a la tentación de ser un líder solitario o un jefe que está por encima de los demás, haciéndose dueño de las personas que le han

sido confiadas (cf. 1 Pe 5,3); por el contrario, a él se le pide servir a la fe de sus hermanos, caminando junto con ellos. Todos, en efecto, hemos sido constituidos «piedras vivas» (1 Pe 2,5), llamados con nuestro Bautismo a construir el edificio de Dios en la comunión fraterna, en la armonía del Espíritu, en la convivencia de las diferencias. Como afirma san Agustín: «Todos los que viven en concordia con los hermanos y aman a sus prójimos son los que componen la Iglesia» (sermón 359,9).

Hermanos y hermanas, quisiera que este fuera nuestro primer gran deseo: una Iglesia unida, signo de unidad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado.

En nuestro tiempo, vemos aún demasiada discordia, demasiadas heridas causadas por el odio, la violencia, los prejuicios, el miedo a lo diferente, por un paradigma económico que explota los recursos de la tierra y margina a los más pobres. Y nosotros queremos ser, dentro de esta masa, una pequeña levadura de unidad, de comunión y de fraternidad. Nosotros queremos decirle al mundo, con humildad y alegría: ¡miren a Cristo!, ¡acérquense a Él!, ¡acojan su Palabra que ilumina y consuela! Escuchen su propuesta de amor para formar su única familia: en el único Cristo nosotros somos uno. Y esta es la vía que hemos de recorrer juntos, unidos entre nosotros, pero también con las Iglesias cristianas hermanas, con quienes transitan otros caminos religiosos, con aquellos que cultivan la inquietud de la búsqueda de Dios, con todas las mujeres y los hombres de buena voluntad, para construir un mundo nuevo donde reine la paz.

Este es el espíritu misionero que debe animarnos, sin encerrarnos en nuestro pequeño grupo ni sentirnos superiores al mundo; estamos llamados a ofrecer el amor de Dios a todos, para que se realice esa unidad que no anula las diferencias, sino que valora la historia personal de cada uno y la cultura social y religiosa de cada pueblo.

Hermanos, hermanas, ¡esta es la hora del amor! La caridad de Dios, que nos hace hermanos entre nosotros, es el corazón del Evangelio. Con mi predecesor León XIII, hoy podemos preguntarnos: si esta caridad prevaleciera en el mundo, «¿no parece que acabaría por extinguirse bien pronto toda lucha allí donde ella entrara en vigor en la sociedad civil?» (carta enc. *Rerum novarum*, 20).

Con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, construyamos una Iglesia fundada en el amor de Dios y signo de unidad, una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra, que se deja cuestionar por la historia, y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad.

Juntos, como un solo pueblo, todos como hermanos, caminemos hacia Dios y amémonos los unos a los otros.

Amor total, fiel y fecundo

En las últimas décadas hemos recibido un signo que llena de gozo y, al mismo tiempo, invita a reflexionar: me refiero al hecho de que fueron proclamados beatos y santos algunos esposos, no por separado, sino juntos, como pareja de esposos. Pienso en Luis y Celia Martin, los padres de santa Teresa del Niño Jesús; y recuerdo también a los beatos Luis y María Beltrame Quattrocchi, cuya vida familiar transcurrió en Roma, el siglo pasado. Y no olvidemos a la familia polaca Ulma, padres e hijos unidos en el amor y en el martirio. Sí, al proponernos como testigos ejemplares a matrimonios santos, la Iglesia nos dice que el mundo de hoy necesita la alianza conyugal para conocer y acoger el amor de Dios, y para superar, con su fuerza que une y reconcilia, las fuerzas que destruyen las relaciones y las sociedades.

Por eso, con el corazón lleno de gratitud y esperanza, a ustedes esposos les digo: el matrimonio no es un ideal, sino el modelo del verdadero amor entre el hombre y la mujer: amor total, fiel y fecundo (cf. S. Pablo VI, Carta enc. *Humanae vitae*, 9). Este amor, al hacerlos «una sola carne», los capacita para dar vida, a imagen de Dios.

Leon XIV, *homilía*, Jubileo de las familias, los niños, los abuelos y los mayores (1/6/2025)

«Que sea su fiel administrador en favor de todo el Cuerpo místico»

Papa León XIV

Santa Misa pro Ecclesia celebrada por el Romano Pontífice León XIV con los cardenales (homilía, Capilla Sixtina, 9 de mayo).

QUISIERA repetir la frase del salmo responsorial: «Cantad al Señor un canto nuevo, porque Él hizo maravillas» (Sal 98,1). Y en efecto, no sólo conmigo, hermanos míos cardenales, sino con todos nosotros, como lo celebramos esta mañana.

Los invito a reconocer las maravillas que el Señor ha hecho, las bendiciones que el Señor sigue derramando sobre todos nosotros, a través del ministerio de Pedro.

Ustedes me han llamado a cargar esa cruz y a ser bendecido con esa misión. Y sé que puedo contar con todos y cada uno de ustedes para caminar conmigo, mientras continuamos, como Iglesia, como comunidad de amigos de Jesús, como creyentes, anunciando la Buena Nueva y proclamando el Evangelio.

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Con estas palabras Pedro, interrogado por el Maestro junto con los otros discípulos sobre su fe en Él, expresa en síntesis el

patrimonio que desde hace dos mil años la Iglesia, a través de la sucesión apostólica, custodia, profundiza y transmite.

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es decir, el único Salvador y el que nos revela el rostro del Padre.

En Él Dios, para hacerse cercano a los hombres, se ha revelado a nosotros en los ojos confiados de un niño, en la mente inquieta de un joven, en los rasgos maduros de un hombre (cf. Concilio Vaticano II, Const. pastoral *Gaudium et spes*, 22), hasta aparecerse a los suyos, después de la resurrección, con su cuerpo glorioso. Nos ha mostrado así un modelo de humanidad santa que todos podemos imitar, junto con la promesa de un destino eterno que, sin embargo, supera todos nuestros límites y capacidades.

Pedro, en su respuesta, asume ambas cosas: el don de Dios y el camino que se debe recorrer para dejarse transformar, dimensiones inseparables de la salvación, confia-

das a la Iglesia para que las anuncie por el bien de la humanidad. Nos las confía a nosotros, elegidos por Él antes de que nos formásemos en el vientre materno (cf. Jr 1,5), regenerados en el agua del Bautismo y, más allá de nuestros límites y sin ningún mérito propio, conducidos aquí y desde aquí enviados, para que el Evangelio se anuncie a todas las criaturas (cf. Mc 16,15).

Dios, de forma particular, al llamarme a través del voto de ustedes a suceder al primero de los Apóstoles, me confía este tesoro a mí, para que, con su ayuda, sea su fiel administrador (cf. 1 Cor 4,2) en favor de todo el Cuerpo místico de la Iglesia; de modo que esta sea cada vez más la ciudad puesta sobre el monte (cf. Ap 21,10), arca de salvación que navega a través de las mareas de la historia, faro que ilumina las noches del mundo. Y esto no tanto gracias a la magnificencia de sus estructuras y a la grandiosidad de sus construcciones —como los monumentos en los que nos encontramos—, sino por la santidad de sus miembros, de ese «pueblo adquirido para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz» (1 Pe 2,9).

Con todo, por encima de la conversión en la que Pedro hace su profesión de fe, hay otra pregunta: «¿Qué dice la gente —pregunta Jesús— sobre

el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (Mt 16,13). No es una cuestión banal, al contrario, concierne a un aspecto importante de nuestro ministerio: la realidad en la que vivimos, con sus límites y sus potencialidades, sus cuestionamientos y sus convicciones.

«¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (Mt 16,13). Pensando en la escena sobre la que estamos reflexionando, po-

Estamos llamados a dar testimonio de la fe gozosa en Jesús Salvador. Por esto, también para nosotros, es esencial repetir: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

dremos encontrar dos posibles respuestas a esta pregunta, que delinean otras tantas actitudes.

En primer lugar, está la respuesta del mundo. Mateo señala que la conversación entre Jesús y los suyos acerca de su identidad sucede en la hermosa ciudad de Cesarea de Filipo, rica de palacios lujosos, engarzada en un paraje natural encantador, a las faldas del Hermón, pero también sede de círculos crueles de poder y teatro de traiciones y de infidelidades. Esta imagen nos habla

de un mundo que considera a Jesús una persona que carece totalmente de importancia, al máximo un personaje curioso, que puede suscitar asombro con su modo insólito de hablar y de actuar. Y así, cuando su presencia se vuelva molesta por las instancias de honestidad y las exigencias morales que solicita, este mundo no dudará en rechazarlo y eliminarlo.

Hay también otra posible respuesta a la pregunta de Jesús, la de la gente común. Para ellos el Nazareno no es un charlatán, es un hombre recto, un hombre valiente, que habla bien y que dice cosas justas, como otros grandes profetas de la historia de Israel. Por eso lo siguen, al menos hasta donde pueden hacerlo sin demasiados riesgos e inconvenientes. Pero lo considerarán sólo un hombre y, por eso, en el momento del peligro, durante la Pasión, también ellos lo abandonan y se van, desilusionados.

Llama la atención la actualidad de estas dos actitudes. Ambas encarnan ideas que podemos encontrar fácilmente —tal vez expresadas con un lenguaje distinto, pero idénticas en la sustancia— en la boca de muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Hoy también son muchos los contextos en los que la fe cristiana

«¡No tengáis miedo!»

¡Ánimo! ¡Sin miedo! Muchas veces Jesús dice en el Evangelio: «¡No tengáis miedo!». Hay que ser valientes en el testimonio que damos, con la palabra y sobre todo con la vida: dando la vida, sirviendo, a veces con grandes sacrificios, para vivir precisamente esta misión.

León XIV, homilía, cripta de la basílica de San Pedro, 11 de mayo.



se retiene un absurdo, algo para personas débiles y poco inteligentes, contextos en los que se prefieren otras seguridades distintas a la que ella propone, como la tecnología, el dinero, el éxito, el poder o el placer.

Hablamos de ambientes en los que no es fácil testimoniar y anunciar el Evangelio y donde se ridiculiza a quien cree, se le obstaculiza y desprecia, o, a lo sumo, se le soporta y compadece. Y, sin embargo, precisamente por esto, son lugares en los que la misión es más urgente, porque la falta de fe lleva a menudo consigo dramas como la pérdida del sentido de la vida, el olvido de la misericordia, la violación de la dignidad de la persona en sus formas más dramáticas, la crisis de la familia y tantas heridas más que acarrear no poco sufrimiento a nuestra sociedad.

No faltan tampoco los contextos en los que Jesús, aunque apreciado como hombre, es reducido solamente a una especie de líder carismático

o a un superhombre, y esto no sólo entre los no creyentes, sino incluso entre muchos bautizados, que de ese modo terminan viviendo, en este ámbito, un ateísmo de hecho.

Este es el mundo que nos ha sido confiado, y en el que, como enseñó muchas veces el papa Francisco, estamos llamados a dar testimonio de la fe gozosa en Jesús Salvador. Por esto, también para nosotros, es esencial repetir: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

Es fundamental hacerlo antes de nada en nuestra relación personal con Él, en el compromiso con un camino de conversión cotidiano. Pero también, como Iglesia, viviendo juntos nuestra pertenencia al Señor y llevando a todos la Buena Noticia (cf. Concilio Vaticano II, Const. dogmática, *Lumen gentium*, 1).

Lo digo ante todo por mí, como Sucesor de Pedro, mientras inicio mi misión de Obispo de la Iglesia que está en Roma, llamada a presidir en

la caridad la Iglesia universal, según la célebre expresión de S. Ignacio de Antioquía (cf. Carta a los Romanos, proemio). Él, conducido en cadenas a esta ciudad, lugar de su inminente sacrificio, escribía a los cristianos que allí se encontraban: «en ese momento seré verdaderamente discípulo de Cristo, cuando el mundo ya no verá más mi cuerpo» (Carta a los Romanos, IV, 1). Hacía referencia a ser devorado por las fieras del circo —y así ocurrió—, pero sus palabras evocan en un sentido más general un compromiso irrenunciable para cualquiera que en la Iglesia ejercite un ministerio de autoridad, desaparecer para que permanezca Cristo, hacerse pequeño para que Él sea conocido y glorificado (cf. Jn 3,30), gastándose hasta el final para que a nadie falte la oportunidad de conocerlo y amarlo.

Que Dios me conceda esta gracia, hoy y siempre, con la ayuda de la tierna intercesión de María, Madre de la Iglesia.

Leone PP. XIV

«Esta herencia cristiana todavía os pertenece»

León XIV

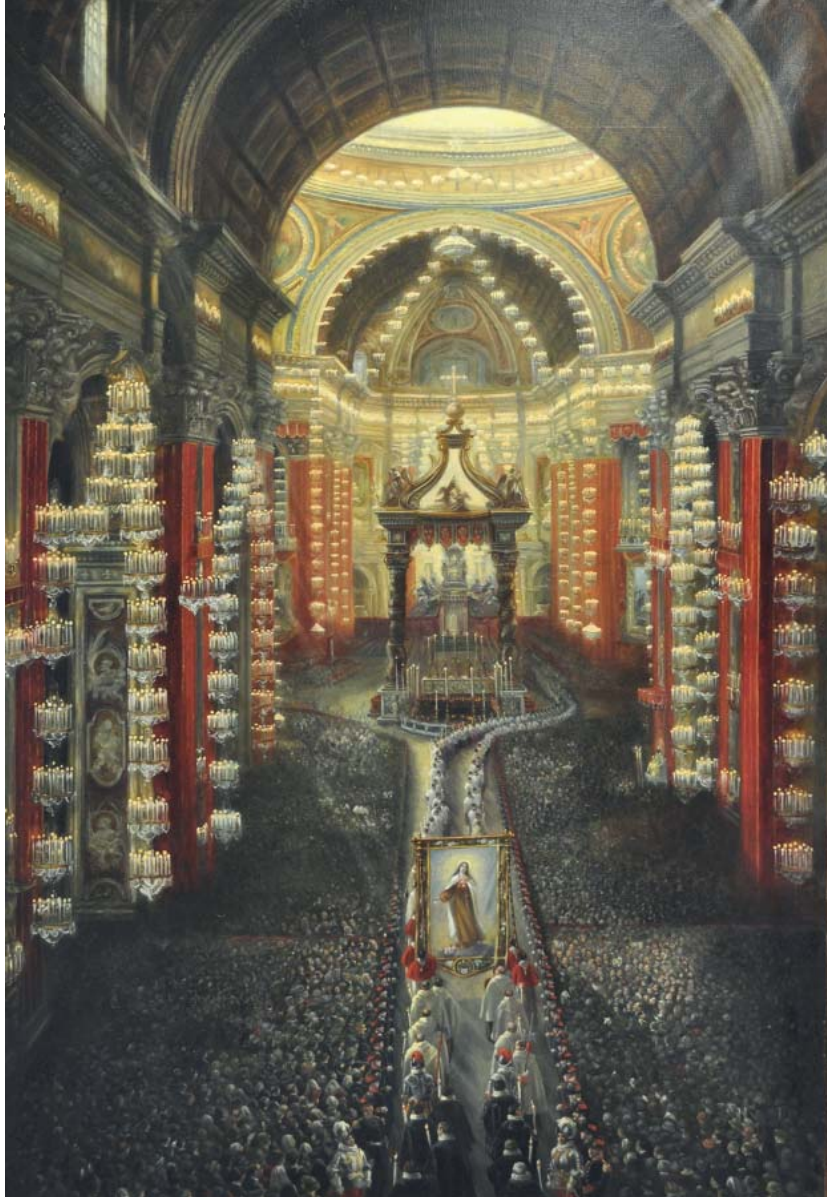
Mensaje del papa León XIV a la conferencia de obispos de Francia con motivo del centenario de la canonización de san Juan Eudes, san Juan María Vianney y santa Teresa del Niño Jesús, 28 de mayo.

ME alegra poder dirigirme por primera vez a vosotros, pastores de la Iglesia de Francia y, a través de vosotros, a todos vuestros fieles, mientras celebramos, en este mes de mayo de 2025, el centenario de la canonización de tres santos que, por la gracia de Dios, vuestro país dio a la Iglesia universal: San Juan Eudes (1601-1680), San Juan María Vianney (1786-1859) y Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz (1873-1897). Elevándolos a la gloria de los altares, mi predecesor Pío XI quiso presentarlos al Pueblo de Dios como maestros a quienes escuchar, como modelos a imitar y como poderosos apoyos a quienes orar e invocar. La magnitud de los desafíos que afronta la Iglesia de Francia un siglo después, y la actualidad todavía muy presente de sus tres figuras de santidad al afrontarlos, me llevan a invitaros a dar un acento particular a este aniversario.

En este breve Mensaje sólo quie-

ro retener un rasgo espiritual que Juan Eudes, Juan María Vianney y Teresa tienen en común y presentan de modo muy significativo y atractivo a los hombres y mujeres de hoy: amaron a Jesús sin reservas, de modo sencillo, fuerte y auténtico; Experimentaron su bondad y su ternura en una particular proximidad cotidiana y lo testimoniaron con un admirable espíritu misionero.

El difunto Papa Francisco nos dejó, como un testamento, una hermosa *Encíclica* sobre el Sagrado Corazón en la que afirma: «De la herida del costado de Cristo sigue brotando un río que no se agota, que no pasa nunca, que se ofrece siempre de nuevo a quien quiere amar. Sólo su amor hará posible una humanidad nueva» (*Dilexit nos*, 219). No podría haber un programa de evangelización y de misión más bello y sencillo para vuestro país: hacer descubrir a cada persona el amor de ternura y predilección que Jesús tiene por



Pintura que representa la canonización de santa Teresa del Niño Jesús

ella, hasta transformar su vida.

Y en este sentido, nuestros tres santos son ciertamente maestros cuya vida y doctrina os invito a darlas constantemente a conocer y valorar al Pueblo de Dios. ¿No fue san Juan Eudes el primero en celebrar el culto litúrgico de los Corazones de Jesús y de María? ¿No es san Juan María Vianney aquel sacerdote apasionadamente entregado a su ministerio que afirmaba: “El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús”? y finalmente, ¿no es santa Teresita del Niño Jesús y de de la santa Faz la gran doctora de la *scientia amoris* que nuestro mundo necesita, ella que «insufló» el nombre de Jesús en cada momento de su vida, con espontaneidad y frescura, y que

enseñó a los pequeños un modo «facilísimo» de acceder a Él?

Celebrar el centenario de la canonización de estos tres santos es ante todo una invitación a **dar gracias al Señor por las maravillas que realizó en esta tierra de Francia durante largos siglos de evangelización y de vida cristiana**. Los santos no aparecen espontáneamente sino que, por gracia, surgen en el seno de comunidades cristianas vivas que han sabido transmitirles la fe, encender en sus corazones el amor a Jesús y el deseo de seguirlo. **Esta herencia cristiana todavía os pertenece, todavía impregna profundamente vuestra cultura y permanece viva en muchos corazones.**

Por eso espero que estas celebra-

ciones no sólo evoquen con nostalgia un pasado que parece ya superado, sino que despierten esperanza e inspiren un nuevo impulso misionero. Dios puede, mediante la ayuda de los santos que os ha dado y a quienes celebráis, renovar las maravillas que ha realizado en el pasado. ¿No será santa Teresita la Patrona de las misiones en los mismos países donde nació? ¿No podrán san Juan María Vianney y san Juan Eudes hablar a la conciencia de muchos jóvenes sobre la belleza, la grandeza y la fecundidad del sacerdocio, suscitar un deseo entusiasta y darles el coraje de responder generosamente a la llamada, mientras en vuestras diócesis se siente cruelmente la falta de vocaciones y los sacerdotes son probados cada vez más duramente? Aprovecho esta oportunidad para agradecer de corazón a todos los sacerdotes de Francia su compromiso valiente y perseverante y deseo expresarles mi afecto paternal.

Queridos hermanos en el episcopado, invoco la intercesión de san Juan Eudes, san Juan María Vianney y santa Teresita del Niño Jesús y de la santa Faz, por vuestro país y por el pueblo de Dios que allí camina con valentía, bajo los vientos contrarios y a veces hostiles del indiferentismo, del materialismo y del individualismo. Que den ánimo a este pueblo, en la certeza de que Cristo ha resucitado verdaderamente, Él, el Salvador del mundo.

Implorando para Francia la protección maternal de su poderosa patrona, Nuestra Señora de la Asunción, concedo a cada uno de vosotros, y a todas las personas confiadas a vuestro cuidado pastoral, la bendición apostólica.

Schola Cordis Iesu cumple cien años

Javier González

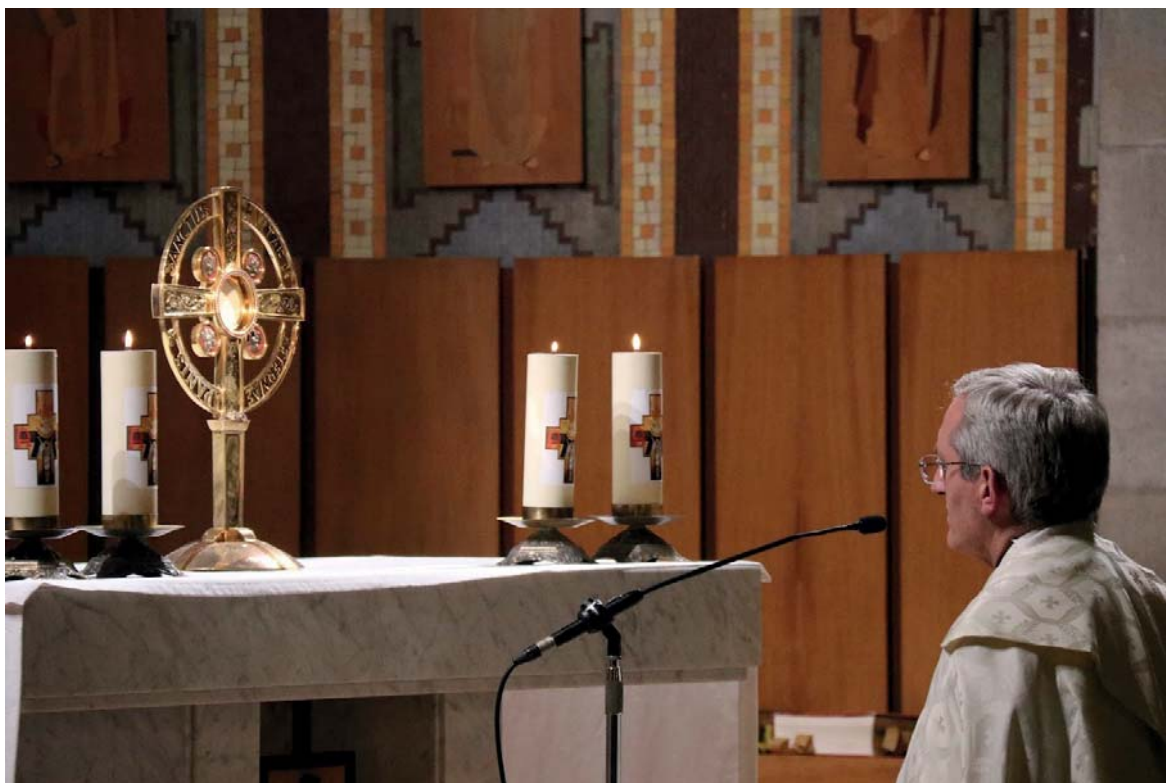
Nuestra revista, fruto natural e intrínseco de Schola Cordis Iesu, desea también unirse a esta acción de gracias haciéndose eco de la celebración de este aniversario y renovando su compromiso con el ideal que la vio nacer y que encabeza la portada de cada uno de sus números: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María».

GRACIAS, gracias, gracias, gracias, gracias, gracias. Esta palabra, repetida con la misma tenaz insistencia con que seguramente lo hubiera hecho el padre Ramon Orlandis, ha sido el *leitmotiv* que ha guiado a sus hijos espirituales en los distintos actos de celebración del centenario de *Schola Cordis Iesu* que tuvieron lugar el pasado mes de mayo en Barcelona.

Gracias ante todo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por haber suscitado en la Iglesia esta «legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor misericordioso de Dios». Gracias al Sagrado Corazón de Jesús por haber abierto su costado para mostrarnos ese Amor. Gracias al Corazón Inmaculado de María por las gracias derramadas y el maternal cuidado con que ha atendido *Schola Cordis Iesu* a lo largo de estos cien años y gracias

al patriarca san José por todas las bendiciones recibidas a través de su poderoso patrocinio. Gracias a santa Margarita María de Alacoque y a san Claudio la Colombière, gracias a santo Tomás de Aquino y a san Ignacio de Loyola, gracias al «santo» padre Ramière y a santa Teresita del Niño Jesús y gracias a tantos santos que no podemos aquí nombrar.

Gracias también a *Schola Cordis Iesu*, especialmente de todos y cada uno de los que han sido llamados a participar de este carisma o han recibido su benéfico influjo. Gracias por el espíritu de oración y la devoción eucarística fomentada, gracias por la formación impartida, gracias por el amor al Papa y a la Iglesia promovido, gracias por las vocaciones sacerdotales y religiosas impulsadas, gracias por los testimonios de vida familiar vividos, gracias por las obras apostólicas promovidas, gra-



Momento de la Hora Santa en el templo del Tibidabo

cias por los sacrificios realizados, gracias por los consuelos recibidos, gracias por las amistades encontradas, gracias por la librería Balmes y gracias por la revista *Cristiandad*.

«Gracias, Señor, por todas estas cosas y por tantas otras que sólo tú conoces. Gracias, Señor, por tus misericordias. Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias, gracias».

Y nuestra revista, fruto natural e intrínseco de *Schola Cordis Iesu*, desea también unirse a esta acción de gracias haciéndose eco de la celebración de este aniversario y renovando su compromiso con el ideal que la vio nacer y que encabeza la portada de cada uno de sus números: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María».

Oración y acción de gracias por las vocaciones

Como preámbulo a los actos centrales de celebración de este centenario, el miércoles 14 de mayo tuvo

lugar una oración extraordinaria del grupo de madres de *Schola Cordis Iesu* que, bajo el patrocinio de san José, se reúnen en la parroquia de María Reina de Barcelona cada cuarto sábado de mes para rezar por las vocaciones.

La oración se centró especialmente en dar gracias al Señor por las vocaciones religiosas y sacerdotales surgidas en *Schola Cordis Iesu* durante estos cien años y a través de los cuales el Señor se ha hecho y se hace presente en tantos lugares.

Tras el rezo del Rosario se bendijo una nueva capilla portátil de san José en substitución de la anterior, ya muy deteriorada por los años y su uso, que es costumbre ir pasando de familia en familia para encomendar al patrono de las vocaciones que aumente el número de santos sacerdotes y religiosos, les anime y conforte en su ministerio y lo haga fecundo. El acto concluyó con la celebración eucarística

Vigilia eucarística

Coincidiendo ya con el ocaso del jueves 15 de mayo un numeroso grupo de socios y simpatizantes de *Schola Cordis Iesu* de toda España se congregaron en la cumbre del Tibidabo de Barcelona y a los pies del Corazón de Jesús en una vigilia eucarística para «dar gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (Sal 136, 1).

El acto eucarístico, presidido por monseñor Javier Vilanova, obispo auxiliar de Barcelona, tuvo lugar en la cripta del templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo, que este año es templo jubilar como nos recordó la hermosa decoración floral colocada en el dintel de la puerta de acceso a la iglesia.

Como introducción a esta adoración de acción de gracias se leyó un texto del padre Orlandis, fundador de *Schola Cordis Iesu*, extractado de su escrito programático *Pensamientos y ocurrencias*, y del Evangelio de

san Juan (Jn 6, 36-40), al que siguió un rato largo de oración dirigido por monseñor Vilanova en el que invitó a todos a dar gracias y conmovernos por la maravilla de tener al Señor realmente presente con nosotros en la Eucaristía con un Corazón que late, un Corazón vivo que genera vida.

«Quien come [mi cuerpo] –recordó monseñor Vilanova–, quien bebe [mi sangre], tendrá vida. Es la voluntad de Dios Padre, que tenga vida. Pero, claro, hermanos, ¿tener vida para qué? ¿Tener vida también para que nuestro corazón lata, esté latiendo? Hay dos formas de latir, como el mundo quiere que lata el corazón o como Dios quiere que lata al corazón. Nosotros nos hemos convencido desde siempre –y también lo sabían quienes nos han precedido en la fe y quienes iniciaron esta familia de *Schola Cordis Iesu* como fruto del Apostolado de la Oración– que la fuerza la tenemos si realmente late nuestro corazón según el deseo de Dios, (...) si está unido al corazón de Dios».

Tras alentar a todos los presentes a vivir apasionados con el Señor, a ser realmente místicos, monseñor Vilanova nos llamó a descubrir en esos latidos del Corazón de Jesús su gran deseo de llevar la salvación a todo el mundo y colaborar con Él en la apremiante necesidad de dar de beber a este mundo sediento de Dios. Acabó la oración agradeciendo a *Schola Cordis Iesu* los frutos dados durante estos cien años y exhortándonos a perseverar en nuestro carisma en bien de la Iglesia y de nuestro mundo, sirviendo a este Corazón que late, que está vivo y que quiere seguir generando vida en el corazón de muchos.

Una vez finalizado el rato de oración se realizaron distintas peticio-

nes al Corazón de Cristo –por las familias del Schola, para que Schola pueda seguir enseñando y difundiendo el amor al Corazón de Jesús, por todos los miembros de Schola que nos han precedido y descansan ya en la paz, por todas las vocaciones de Schola y para que Dios nos conceda ser siempre hijos de la Iglesia– y monseñor Vilanova dio la bendición con el Santísimo.

Acto académico

En la tarde del día siguiente el Aula Magna del Seminario Conciliar de Barcelona fue el marco en el que se desarrolló un acto académico, presidido por mosén Emili Gil, pro vicario general de la archidiócesis de Barcelona, y que estuvo centrado en la presentación de tres libros publicados con ocasión de este centenario y que ofrecen una visión profunda del espíritu que anima *Schola Cordis Iesu*.

La doctora Mercedes Palet, tras un afectuoso saludo a mosén Emili Gil, a mosén Salvador Bacardit, rector del Seminario Conciliar de Barcelona, al señor David Fornieles, director nacional del Apostolado de la Oración, al señor Ramon Bassas, director general d'Afers Religiosos de la Generalitat de Catalunya y demás representantes y autoridades de la vida eclesial, social y académica presentes en la ceremonia, a los ponentes del acto y a todos los amigos y socios de *Schola Cordis Iesu* procedentes de Pamplona, San Sebastián, Bilbao, Madrid, Toledo y Chile, enmarcó esta gozosa y agradecida celebración en el deseo no sólo de recordar los inicios de Schola sino, sobre todo, en el anhelo de dar continuidad y futuro al espíritu y la intención de sus fundadores.

«Estos cien años de *Schola Cordis*

Iesu –afirmó la doctora Palet– nos invitan a todos a dar gracias, a asumir con responsabilidad y humildad nuestro presente y a mirar el futuro con esperanza. Este centenario no es sólo una celebración, sino que quiere ser, además, una renovación de nuestro compromiso con la misión que Dios nos ha encomendado. Confiamos en que Nuestro Señor seguirá guiándonos con su gracia para que *Schola Cordis Iesu* continúe siendo un instrumento fecundo al servicio de la Iglesia».

Tras las palabras de bienvenida y sin más dilación, la doctora Palet dio la palabra al primero de los ponentes, don José Ignacio Orbe Jaurrieta hnssc, quien actualmente está realizando la tesis doctoral sobre el padre Ramón Orlandis y el antiliberalismo católico en España (1873-1958). Don José Ignacio presentó el primer tomo de las obras completas del padre Orlandis, invitando a los presentes a reflexionar sobre tres títulos que podrían resumir la figura del fundador de Schola, describirle biográficamente y que constituyen vetas fecundas de las que podemos extraer incalculables tesoros: discípulo de santo Tomás, hijo de san Ignacio y apóstol del Sagrado Corazón. Precisamente el libro presentado recoge todos sus escritos relacionados con esta última faceta, que es sin duda la más importante y en la que el padre Orlandis, partiendo de las revelaciones de Paray-le-Monial, fue profundizando cada vez más en las dos dimensiones que allí tienen origen y que configuran la verdadera devoción al Corazón de Jesús: el ideal del reinado social de Cristo según lo expresó el padre Ramière y el camino de infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús.

Tras el padre Orbe tomó la palabra el doctor Antoni Prevosti Mon-

clús para presentar el primer tomo de las obras completas de Jaume Bofill i Bofill, que reúne sus artículos escritos en la revista *Cristiandad*. El doctor Prevosti comenzó alabando la iniciativa de la publicación de las obras completas de Jaime Bofill, que junto a las del padre Ramón Orlandis (ya iniciada) y las ya publicadas de Francisco Canals Vidal y José María Petit Sullá, reflejan lo más fundamental de la fructificación intelectual de *Schola Cordis Iesu* y constituyen un tesoro doctrinal de primer orden ahora ya accesible a todos.

Durante su exposición Prevosti realizó un breve recorrido biográfico de la figura de Jaume Bofill, destacando especialmente tres de los rasgos más significativos de su personalidad: hijo del gran poeta catalán Jaume Bofill i Matas, con seudónimo literario de Guerau de Liost; discípulo directo y «predilecto» del padre Orlandis y uno de los fundadores de la revista *Cristian-*

dad; catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, desde cuya cátedra impulsó y dio entidad a la aún vigente y activa Escuela Tomista de Barcelona.

Acabada esta presentación el doctor José María Alsina Roca, presidente nacional de *Schola Cordis Iesu*, hizo un repaso por lo que ha sido la historia de Schola en estos cien años de fidelidad al carisma recibido del padre Orlandis, cien años de acontecimientos, grandes y pequeños, que ponen de manifiesto la providencia de Dios y que, testimonialmente, se han intentado recoger en el tercer libro presentado en la velada: *Schola Cordis Iesu. Cien años de historia*. La intervención del doctor Alsina terminó haciendo referencia a las características más significativas de la identidad de *Schola Cordis Iesu*, que identificó con el programa del pontificado del recientemente fallecido papa Francisco: su devoción a san José, su profundo amor a santa Teresita y su

testamento espiritual, recogido en la encíclica *Dilexit nos* sobre el Sagrado Corazón.

Acabadas las tres intervenciones se proyectó un vídeo titulado *Cien años de Providencia*, en el que de forma audiovisual y con diferentes testimonios hizo reflexionar a los presentes, de un modo «hermoso, simpático y entusiasmante», sobre el pasado y el presente de Schola, «la más pequeña de las semillas del Corazón de Jesús, quien pensó para estos tiempos este carisma de almas pequeñas, desengañadas de sus fuerzas y apoyadas sólo en su Amor».

Para concluir, mosén Emili Gil agradeció cordialmente la invitación recibida para presidir este acto académico de celebración del centenario de *Schola Cordis Iesu*, que «desde la milenaria historia de la Iglesia pudiera parecer poco pero desde la perspectiva de la vida humana es un hito importante que nos permite ver cómo este carisma



Acto académico en el seminario de Barcelona



Misa de acción de gracias en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús

suscitado por Dios en la diócesis de Barcelona para la vida de la Iglesia se ha ido extendiendo y, con el favor de Dios, seguirá extendiéndose». Schola, afirmó mosén Gil, «ha sabido echar raíces y dar fruto a lo largo de varias generaciones. Esta legión de almas pequeñas que soñaba el padre Orlandis, encendidas en la verdadera devoción al Corazón de Jesús, ciertamente muestran un verdadero celo por la gloria de Dios y presta un servicio generoso a la vida de la Iglesia». Su intervención finalizó remarcando el entusiasmo y la profundidad con que se vive este carisma mediante la oración, la sólida formación y una entrañable convivencia familiar, y la importancia de transmitir esta herencia preciosa a las futuras generaciones. Tras agradecer el trabajo realizado a todos los que han participado en su celebración clausuró el acto deseando a todos los que hemos recibido nuestra vocación en Schola muchas felicidades y muchas fidelidades, «porque la fidelidad al don recibido por Dios en el camino personal y en las instituciones es garantía de felicidad en este mundo y en la vida eterna».

Acabado el acto académico tuvo

lugar en el claustro del Seminario de Barcelona una cena de gala, presidida por monseñor David Abadías, obispo auxiliar de Barcelona, y en la que participaron más de trescientos socios y simpatizantes de *Schola Cordis Iesu*. Durante el postre distintos miembros de Schola expresaron mediante diferentes reflexiones personales su sentido homenaje por lo que esta asociación ha significado para sus propias vidas. La cena finalizó con las palabras de monseñor Abadías, que también animó a *Schola Cordis Iesu* a permanecer fiel al carisma recibido del padre Orlandis y compartió un cariñoso mensaje del cardenal Omella, cuya asistencia excusó por hallarse en Roma para participar en la celebración eucarística por el inicio del ministerio petrino del papa León XIV.

Misa de acción de gracias

El sábado 17 de mayo por la tarde y en una celebración con un carácter más familiar, más de quinientas personas participaron en una misa de conmemoración en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús que los jesuitas tienen en la ca-

lle Caspe, donde el padre Orlandis ejerció su ministerio y nació *Schola Cordis Iesu*. En la celebración eucarística, que contó con la presencia de una reliquia de santa Teresita, y fue presidida por mosén Xavier Prevosti, consiliario de la asociación, concelebraron numerosos sacerdotes y acudieron representantes de varios movimientos eclesiales de la diócesis.

Durante la homilía y tomando pie de los escritos de santa Teresita, mosén Prevosti concretó el objetivo de esta celebración en el deseo de cantar las misericordias del Señor en todos estos años y darle gracias por tantos detalles que ha tenido con cada uno de los presentes. «¿Quién los puede resumir? ¿Quién los puede abarcar?». Y para ello propuso, como propone san Ignacio a los ejercitantes en el coloquio de amor con Cristo crucificado, el preguntarse colectivamente como asociación: «¿Qué hemos hecho por Cristo? ¿Qué hacemos por Cristo? ¿Qué debemos hacer por Cristo?».

Respecto a la primera pregunta, mosén Prevosti sugirió reflexionar sobre cierta impronta carmelitana que podemos descubrir en *Schola Cordis Iesu*, cierto carisma de estar



Celebración familiar en los jardines de la parroquia de María Reina

oculta y ser poca cosa humanamente hablando –«Hemos hecho poco»– para dejarse querer por el Señor y que Él pueda actuar a través de ella –«pero el Señor ha hecho mucho»–. A continuación, y para valorar lo que hace Schola por Dios y por la Iglesia mosén Prevosti recordó, como un programa a tener siempre presente, los tres palabras que repetía con insistente reiteración el padre Orlandis: «piedad», [estar] «aquí» y «colaborad». Para concluir y pensando en lo que Schola debe hacer por Cristo en el futuro nos alentó a todos a soñar y, sobre todo, a cantar eternamente las misericordias del Señor añadiendo a las tres palabras-consigna del padre Orlandis una cuarta: «gracias».

Tras la homilía y dando comienzo a la liturgia eucarística, algunos miembros de Schola presentaron al Señor, junto al pan y el vino, diferentes frutos espirituales y apostólicos de los cien años de vida de la asociación: la revista *Cristiandad*, la formación ofrecida, el carisma de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el libro de socios y las vocaciones suscitadas. Para acabar la celebración

Schola Cordis Iesu renovó su consagración al Inmaculado Corazón de María y el coro entonó el himno de Schola, expresamente compuesto para este centenario.

Finalizada la santa misa la celebración continuó en los jardines de la parroquia de María Reina, donde se sirvió una cena preparada por las familias de Schola y se pudo conversar, compartir las experiencias de estos días tan emotivos y cantarle a *Schola Cordis Iesu* su «cumpleaños feliz».

El centenario de los niños

Cada sábado la catequesis impartida por *Schola Cordis Iesu* en la parroquia de María Reina de Barcelona reúne más de doscientos niños repartidos por edades en catorce grupos. Con el fin de que también los niños participaran en primera persona de la alegría y acción de gracias por este centenario de Schola se aprovechó el sábado 31 de mayo, fiesta de la patrona principal de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, para organizar una jornada festiva en la que se invitó a los hermanos José y María Valeria Olguín, miem-

bros del grupo Valiván, para que amenizaran la tarde con su espectáculo de títeres. «Renata y Leopoldo» asombraron e hicieron reír a los niños, mientras les transmitían el inmenso amor que Dios les tiene y la alegría que da poner al Señor en el centro de sus vidas y a los catequistas, la importancia de hacerse como niños para entrar en el Reino de los Cielos. Tras la actuación, los niños participaron en distintos juegos y rezaron el rosario por los jardines de la parroquia.

Peregrinación a Paray-le-Monial

Finalmente y como acto culminante de este centenario, más de setecientos socios y simpatizantes de *Schola Cordis Iesu* tienen previsto peregrinar hasta Paray-le-Monial del 3 al 6 de agosto, uniéndose de esta manera a la celebración de los 350 años de las apariciones del Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque, «manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias, de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres».

Padre Ramón Orlandis. Vida y labor apostólica

José M^a Alsina Roca

Reproducimos a continuación el prólogo del primer volumen de las obras completas del padre Ramón Orlandis, recientemente publicado, en el que se hace una semblanza del padre Orlandis y de su labor apostólica. (Ramón Orlandis i Despuig, Obras completas, volumen I, apóstol del Sagrado Corazón, Ediciones Cor Iesu, 2025)

CON ocasión del centenario de *Schola Cordis Iesu* que se acaba de celebrar se ha considerado que la publicación de los escritos del padre Ramón Orlandis i Despuig era un modo idóneo de manifestar nuestro agradecimiento por el fecundo magisterio recibido de su fundador. Al mismo tiempo confiamos que esta publicación ayude a la formación de sucesivas generaciones para que de este modo *Schola Cordis Iesu* pueda continuar con renovada fidelidad a sus orígenes al servicio de la Iglesia.

El lector que no tenga noticia de la labor apostólica del padre Orlandis deseará conocer algo de su vida para mejor comprender sus escritos. A la espera de la biografía documentada que culminará la publicación de las obras completas de Orlandis, resumimos a modo de semblanza los apuntes que se publicaron en *Cristiandad* a la muerte del padre. (*Cristiandad* 331, septiembre de 1958)

Nació en Palma de Mallorca, el 2 de diciembre de 1873, bautizado pocas horas después de su nacimiento. Podemos leer en su partida de bautismo:

«En la ciudad de Palma de Mallorca, capital de la provincia de las Islas Baleares, Obispado de Mallorca, a los dos días del mes de diciembre de 1873, Yo, D. José Ferriol, Pbro., cura párroco de la parroquia de san Jaime, bauticé solemnemente a un niño nacido a las tres y media de la tarde del mismo día, hijo legítimo de los nobles señores consortes D. Ramón Orlandis y Maroto, y D^a. Luisa Despuig Amer de Troncoso; siendo sus abuelos paternos los nobles señores consortes D. Mariano Orlandis y D^{ña}. Ana Maroto, y los maternos los nobles señores consortes D. Juan Despuig y D^{ña}. Francisca Amer de Troncoso, todos propietarios y naturales de esta ciudad. Se le puso por nombres Ramón Nonnato, Francisco de Asís, Luis, Mariano, Juan, José, Pe-



El padre Orlandis de niño



El padre Orlandis de joven

dro, Joaquín, Buenaventura, Carlos, Ignacio, Baltasar, Melchor, Gaspar, Manuel, Jaime y Lupo; fueron sus padrinos los nobles señores D. José Orlandis y Maroto, y D^a Magdalena Despuig Amer de Troncoso, ambos solteros, propietarios y naturales de esta misma ciudad, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por él contraían, siendo testigos don Bartolomé Ferrer y D. Pedro Jerónimo Ferrer, presbíteros y coadjutores, naturales también de esta ciudad, y para que conste extendí y autoricé la presente partida a los dos días del mes de diciembre de 1873. José Ferriol, Pbro. Rubricado».

Murió su madre a los pocos días de su nacimiento, y a lo largo de su vida sintió el vacío del amor maternal que añoraba aún en sus últimos años. Creció entre sus hermanos Pedro (5), Concepción (6) y Juan (7), bajo la tutela de su padre, amantísimo, de firme carácter en un ambiente familiar hondamente cristiano y tradicional. Estas circunstancias quizá expliquen algunos de los rasgos de su personalidad. Junto a una rectitud de criterio y excepcional profundi-

dad de pensamiento, le caracterizaba un trato sencillo y entrañable. La preocupación por las circunstancias particulares de aquellas personas con las que trataba y dirigía espiritualmente llamaba poderosamente la atención. Esta riqueza humana unida a una visión sobrenatural de la vida fue muy decisiva en su extensa e intensa labor de orientación espiritual de tantas personas.

Cursó los estudios de bachillerato en el colegio de San José que los PP. jesuitas tenían en Valencia. Destaca muy pronto por cualidades literarias y al terminar sus estudios de bachillerato en 1892 ingresa inmediatamente en la Universidad de Deusto, donde cursará estudios simultáneamente de Derecho y Filosofía y Letras, terminando ambas licenciaturas, de un modo excepcional, solo en tres años. Era frecuente realizar ambos estudios, pero teniendo ordinariamente una duración de seis años.

Durante las vacaciones de verano se reunía con el resto de la familia en la finca de Punta de Amer, en la costa oriental de la isla. Allí participaba en tertulias literarias con personajes tan

relevantes en el mundo de las letras mallorquinas como los hermanos Antonio y Miguel Alcover, y el poeta Miguel Costa y Llobera, al cual profesó a lo largo de toda su vida una gran admiración.

Antes de terminar sus estudios universitarios ya había tomado la decisión de orientar su vida en la Compañía de Jesús. Las palabras del padre Aguirre, profesor de Deusto, le habían impactado: «no olvidéis que hay un examen mu-

«El ministerio de la confesión constituirá una de las tareas apostólicas principales de su vida sacerdotal»

cho más trascendental, el de toda la vida ante el Juez supremo». «Estas palabras, meditadas –decía después el padre Orlandis– decidieron mi entrada en la Compañía». En un escrito autobiográfico señala «Mi vocación comenzó el año 1893, y durante algún tiempo vacilé; por fin,

habiéndome aconsejado bien y examinado el asunto, confirmado en mi vocación, fui admitido a la Compañía de Jesús». Podemos encontrar un eco de su definitiva elección en las siguientes palabras: «no admiraba ni tenía confianza en lo humanamente grande o prestigioso».

El 25 de noviembre de 1895, inicia su noviciado a los 22 años en el monasterio de Veruela, cedido aquella época temporalmente a la Compañía de Jesús. Dado que ya tenía terminados sus estudios universitarios, después del noviciado, siguiendo lo establecido en la Compañía, comenzó a estudiar Humanidades, y –al ser también un alumno aventajado– el Hno. Orlandis fue profesor en el juniorado de griego, latín, historia y poética desde 1898 hasta 1902. Comentan sus discípulos que les sabía transmitir un gran interés y entusiasmo por el contenido de sus enseñanzas. «Era una delicia aprender griego con el padre Orlandis; nada de monotonía de áridos preceptos; todo era allí vida y movimiento; la luz de los autores griegos iluminaba el estudio de su lengua maravillosa; y aprendíamos a entrar con la llave del idioma en los tesoros que nos ofrecían en raudal directo los más excelsos artistas de la palabra humana». Estas extraordinarias cualidades docentes le acompañarán a largo de toda su vida en sus diferentes ministerios apostólicos.

Se ordena sacerdote en 1908, en la iglesia parroquial de Tortosa, donde radicaba el Colegio Máximo en el cual había cursado sus estudios de Filosofía, Teología y Sagrada Escritura. La tercera probación que es el año que los jesuitas dedican a completar su preparación para sus próximos ministerios, la realizó en la Santa Cueva de Manresa y en

1910 hizo la profesión solemne, los últimos votos, como jesuita profeso.

Sus primeros ministerios fueron fundamentalmente docentes, enseñando teología sacramentaria y teología moral, primero en Tortosa y más tarde en Sarriá, donde se trasladó el Colegio Máximo. Uno de sus alumnos jesuitas comenta:



El padre Orlandis en su edad adulta

«nunca olvidaré una clase que nos hizo sobre el Sacramento de la confirmación, en la que rayando lo sublime su exposición doctrinal, nos conmovió profundamente el alma al hacernos sentir y aun vibrar al unísono de su espíritu con el cotejo de lo que fue para los cristianos de la primitiva Iglesia este Sacramento del Espíritu Santo, y lo que por desgracia es hoy para los cristianos de nuestros tiempos». En cuanto a la teología moral, «la enseñé con sorprendente destreza y resultado. Ponía *in bono lumine* los principios

morales; y de ellos derivaba, no en casuística menuda, sino como desarrollo luminoso de los mismos principios, como consecuencias íntimamente ligadas con ellos, las aplicaciones a la vida práctica. Tenía una santa ojeriza al modernismo en la moral, en las costumbres; lo delataba, lo refutaba; y por eso tuvo una de las más grandes alegrías de su vida cuando años adelante el papa Pío XI publicó su encíclica *Quas primas*, en la que vio enseguida lo que en realidad era, una condenación del Modernismo moral y práctico, como lo había sido del modernismo dogmático e histórico la encíclica *Pascendi* de san Pío X, con el decreto *Lamentabili*. Esta dedicación docente la alternará con algunos ministerios de apostolado externo, algo variado: Congregaciones Marianas, catecismos, centros obreros, etc., pero como cosa secundaria, como de paso. Entre éstos, ya en Tortosa empieza a dedicarse preferentemente al confesionario» (R. Cayuela, *Cristiandad* 331, septiembre de 1958).

Como consecuencia, seguramente, de su orientación doctrinal notoriamente tomista, cesará en su tarea docente y será destinado a la comunidad de la residencia de los jesuitas de la calle Lauria en Barcelona para atender de un modo especial, el confesionario de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús adjunta a la residencia. **Este ministerio constituirá una de las tareas apostólicas principales de su vida sacerdotal**, llegará a ser muy solicitado, hasta tal punto, según cuentan, que en muchas ocasiones antes de abrirse las puertas de la iglesia, había ya cola de fieles esperando confesarse con él. También fue designado director diocesano del Apostolado de la Oración: con este nombramiento podrá dedicarse

a difundir aquello que constituirá el centro de su vida espiritual y apostólica: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Fue en estos años cuando el director de la Congregación mariana radicada en aquella iglesia le confió la formación de un grupo de congregantes universitarios que colaboraban en la revista de aquella entidad, y les parecía necesario tener una mejor preparación literaria y doctrinal. Era reconocido que el padre Orlandis por sus cualidades humanas, intelectuales y espirituales por lo cual se le consideró como la persona que había en aquel entorno más adecuada para aquella tarea. Estas fueron las circunstancias providenciales que propiciaron que el Padre pudiera entrever la posibilidad de realizar aquello que había concebido en 1924, expresivo de su carisma apostólico, escrito que empezó a ser conocido en 1942 multiplicado, publicado en *Cristiandad*

Para la realización de esta labor formativa el padre Orlandis reunió una biblioteca de unos quince mil volúmenes de filosofía, teología, espiritualidad y, de un modo especial, de historia.

por primera vez el 1 de junio de 1955 y que será aludido en los sucesivos estatutos de *Schola Cordis Iesu*, como el fundamento espiritual de la asociación. El lector lo encontrará publicado en este volumen.

Con esta ocasión se inicia lo que constituirá el principal legado del padre Orlandis, la formación de apóstoles del Corazón de Jesús como miembros del Apostolado de la Oración. Su labor literaria amplia, sin

embargo, no tendrá el mismo alcance que su labor formativa, por eso él mismo reconocía confidencialmente, que el día que tuviese que rendir sus cuentas ante Dios, si se le preguntaba por su labor apostólica reconocería que no había escrito mucho, pero sí que había formado a los que serían capaces de transmitir lo que les había enseñado.

A subrayar dos aspectos de radical importancia que acompañan a esta labor formativa y que están recogidos en su escrito carismático antes citado. En primer lugar, la necesidad de conocer la realidad del mundo que nos rodea: consideraba que no se puede vivir ni con falso optimismo, ni de anuncios desesperanzados ni de calamidades sin remedio. El proceso de secularización creciente que ha invadido nuestra actualidad, ya se iniciaba en los primeros años del siglo pasado, y el padre Orlandis con una mirada sobrenatural sobre esta realidad, enseñaba aquello que santa Margarita María de Alacoque había transmitido y el magisterio de la Iglesia lo ha recogido en sus encíclicas: la devoción al Corazón de Jesús como el remedio providencial y por ello mismo eficaz para curar las heridas profundas de la humanidad contemporánea.

Escribía el padre Orlandis pensando en aquellas personas que iba a formar: «Estas almas, por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios, que nues-

Apóstol del Corazón de Jesús

En cierta ocasión le llamó para que le asistiese en su último trance un socio del Apostolado. Me invitó el padre (Orlandis) para que le acompañase, y lo hice con sumo gusto. He aquí cómo saludó al enfermo y se introdujo en su confianza: «Vengo a visitar a usted de parte de su gran amigo, Jesucristo, y le traigo el mensaje del amor de su divino Corazón, que es todo misericordia. Es el único amigo que nunca falla y que jamás nos decepciona. Ya verá qué bien nos entendemos estando entre usted y yo el mismo Jesús, el que nos ama con todo su gran Corazón». Me retiré conmovido para que el Padre oyese la confesión del enfermo. Nunca he olvidado aquella escena, aquel modo de insinuarse en el alma, aquella manera práctica de propagar la devoción al Sagrado Corazón.

*Schola Cordis Iesu.
Cien años de historia, 43*

tra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos».

El segundo aspecto que el padre Orlandis consideraba esencial en su labor apostólica era **practicar la devoción al Corazón de Jesús tal como la había mostrado santa Teresita del Niño Jesús**. «Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en santa Teresita y en sus escritos y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas» (*Pensamientos y ocurrencias*).

En un mundo que ha pasado, sin solución de continuidad, de proclamar la autosuficiencia y exaltación de lo meramente humano, a considerar el hombre como un peligro para el sostenimiento del planeta, y colocar en su futuro el transhumanismo, es decir, el desprecio radical de todo lo humano, el padre Orlandis ya veía en la doctrina espiritual de santa Teresita, el camino para el hombre, que, abrumado por su fragilidad y debilidad, no cayese en desesperanza debido a su tristeza y cansancio, con la entrega al abandono confiado en la divina misericordia.

Para la realización de esta labor formativa el padre Orlandis reunió una biblioteca de unos quince mil volúmenes de filosofía, teología, espiritualidad y, de un modo especial, de historia. La cuidada e intencionada selección de sus libros es ilustrativa

de como concebía su apostolado intelectual. Una formación seria exige superar la tentación de superficialidad y no caer en una diletante erudición. Pretendía que sus discípulos tuvieran una visión sobrenatural de la historia, es decir, descubrieran la importancia de estudiar la historia a la luz de la revelación. La teología de la historia era un camino esencial para tener un criterio fundado y sobrenatural sobre el mundo y, al mismo tiempo, un modo adecuadísimo de fortalecer la esperanza, algo tan esencial en la vida cristiana, especialmente en un mundo como el actual, tan falto de ella.

En 1944 aquellos jóvenes que había estado formando durante aquellos años habían adquirido ya una cierta madurez, que se vio reflejada en la publicación de la revista *Cristiandad*. *Schola Cordis Iesu* y la revista *Cristiandad* son los dos grandes legados del padre Orlandis que, gracias a Dios, continúan dando sus frutos hasta nuestros días. Esta labor apostólica, sintetizada en el lema de la revista: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María» la veía en continuidad con la admirable y extraordinaria misión del gran apóstol del Corazón de Jesús y refundador del Apostolado de la Oración: el padre Enrique Ramière.

Para terminar, una consideración final varias veces recordada, el padre Orlandis era un intenso y extenso lector, la biblioteca antes mencionada es prueba de ello, sin embargo, ha sido definido como un hombre de «tres libros»: la *Summa Teologica* de santo Tomás; los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio, y las *Obras* de santa Teresita del Niño Jesús, especialmente el capítulo XI de la autobiografía y las poesías. Comenta el padre Murall: «El de santo

Tomás, llena mi entendimiento, me hubiera gustado tenerlo de superior; el de san Ignacio, disciplina mi voluntad, lo hubiera elegido por confesor; santa Teresita me llena el corazón porque es el apostolado universal vivo y vívido. Así como santo Tomás sistematizó e iluminó la “ciencia de Dios” sólo buscando limpiamente la verdad, santa Teresita sistematizó e iluminó la “ciencia de la misericordia de Dios”, es decir, expuso limpiamente la ley de caridad que rige “su corazón”. Al sentirse “corazón de la Iglesia” revela los secretos del Corazón de Jesús, “puesto que ¿quién sino la Esposa conoce los secretos del Esposo?”» (*Cristiandad* n. 331)

Dos últimas anécdotas recogidas en sus últimos días. Estando en la enfermería de la casa de las jesuitas en sant Cugat, el padre Orlandis apenas ya hablaba, le fueron ver unos miembros de *Schola Cordis Iesu*, y como muestra de afecto y agradecimiento le preguntaron cariñosamente: «¿Quiere algo padre?» y abriendo los ojos muy expresivamente e incorporándose con recia voz les contestó: «¡Lo quiero todo!». Las palabras de santa Teresita, tan presente a lo largo de toda su vida, expresaban de un modo muy significativo hasta donde habían llegado sus desvelos espirituales y apostólicos, «su todo» estaba en el amor misericordioso del Corazón de Jesús, vivido con el espíritu de la infancia espiritual. Esta actitud de niño queda reflejada en la segunda anécdota que cuenta también el padre Murall: «Y al final de su vida, dejados ya de mano todos los convencionalismos, retornó a la lozanía de la piedad infantil y se le oía repetir sin cesar: “¡Oh, María, Madre mía, oh consuelo del mortal, amparadme y guiadme a la patria celestial!”».

«Estas almas arderían en celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas»

Hace cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del amor misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús.

Estas almas, por la luz que del Cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios, que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos.

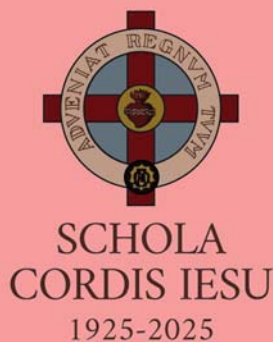
(...) Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir

del espíritu que las anima ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en santa Teresita y en sus escritos y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el padre Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y

rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.

P. R. Orlandis, *Pensamientos y ocurrencias* (1934)



El padre Orlandis, recuerdos de mi infancia

Teresa Lamarca Abelló

Teresa Lamarca Abelló es hija de Tomás Lamarca, uno de los primeros discípulos del padre Orlandis. En este artículo Teresa narra sus recuerdos con el padre Orlandis y los inicios de su labor apostólica en los colegios de Santa Ana y «Estudios Schola».

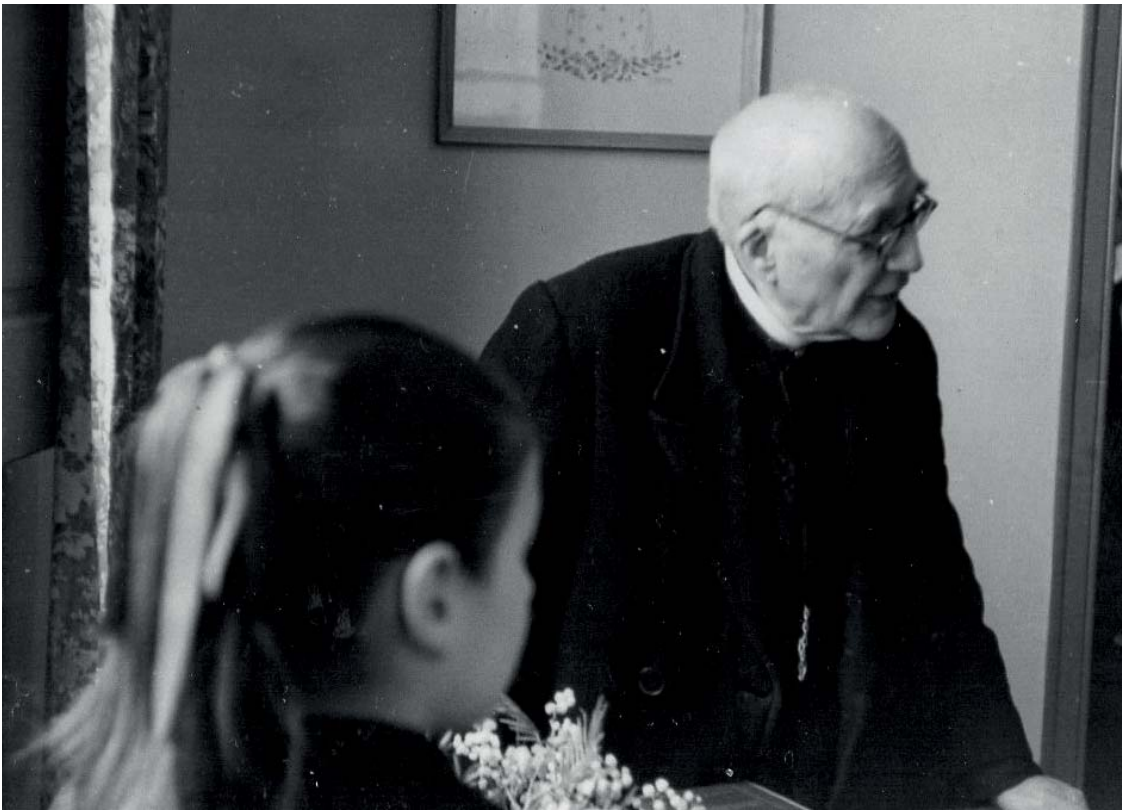
EN 1921 el padre Ramón Orlandis Despuig S.I. fue destinado a Barcelona a la residencia de la calle Caspe con el cargo de promotor diocesano y director del centro del Apostolado de la Oración de la iglesia del Sagrado Corazón.

Aquí empieza la obra fundamental del padre Orlandis. Como dice la breve reseña que los jesuitas escribieron a su muerte: «Con profundo conocimiento de la potencialidad espiritual de que es capaz el Apostolado de la Oración, desde entonces concentró su actividad en promover de un modo profundo e íntimo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús... como el medio más indicado para preparar el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo y combatir el naturalismo, el liberalismo y el laicismo, los grandes males de la sociedad». Para esto fundó el Secretariado Diocesano del Apostolado de la Oración con una sección de señoras y una de caballeros en *Schola Cordis Iesu*, dirigida principalmente a la formación de celadores.

Fueron largos y fecundos años de sacerdocio, trabajo, estudio, enseñanza, apostolado y magisterio, a través de conferencias, tertulias, publicaciones, dirección espiritual... A esto orientó su vida toda y dedicó todos sus trabajos y obras, a esto debían y deben su formación profunda todos los que desde aquellos años se han ido formando en Schola.

Viví mi infancia muy cerca de *Schola*. En 1949 el padre pidió a mis padres que fueran a vivir con M^a Asunción López a un piso en la Vía Layetana, encima del Secretariado del Apostolado de la Oración de señoras, muy cerca de la calle Lauria n^o 15 piso 3^o donde estaba Schola, *Cristiandad* y el padre Orlandis. Mi padre, que colaboraba en la revista *Cristiandad* desde su fundación, trabajó en ella de un modo exclusivo desde 1950 a 1958, y en los últimos cuatro años, del 54 al 58, también en el colegio para chicos, «Estudios Schola», que se fundó en el mismo lugar.

De Schola y de los colegios es de donde proceden la mayoría de mis



El padre Orlandis con los niños del colegio Santa Ana

recuerdos. Son recuerdos y vivencias de una niña, puesto que cuando murió el padre Orlandis todavía no había cumplido los 10 años, pero también son reflexiones de lo que vi y oí de mis padres y de los «antiguos» de Schola, relacionado con el padre. Quizás todo ello ayude un poco a acercarnos a su persona y a su obra.

El padre Orlandis y los niños

Recuerdo al padre Orlandis en Schola. Le recuerdo muy mayor, encorvado, andando despacio, un poco vacilante, apoyado en alguien, a veces en el hombro de mi hermano a quien le oí decir: «Tú serás el báculo de mi vejez». Con una sonrisa muy dulce, fina, silenciosa, alegre, calmada, acogedora. Su presencia infundía respeto, en ningún caso temor. Tenía con nosotros los niños un trato muy sencillo. Pienso que tenía un corazón de niño, porque parecía que gozaba con nosotros, nunca tuve la sensación de que le molestáramos, de que tenía prisa o que no le dejábamos hacer algo mucho más importante. Gozaba con nuestras obras de teatro y nuestros cantos. Mi tía cuenta que una

vez que mi padre, pequeño, estaba enfermo, el padre, que le había ido a visitar, al despedirse simulaba que se equivocaba y en lugar de ponerse su sombrero se ponía el de colegiala de mi tía, para hacer reír y alegrar a los pequeños.

Cuando las niñas del colegio Sta. Ana le íbamos a representar una obra de teatro o a cantar, él se sentaba en la silla más cercana a nosotras. Se reía muchísimo, con una risa sin estridencias, se le veía que gozaba mucho viéndonos. Incluso se sacaba fuera de la sotana aquel audífono rectangular, que a veces silbaba, y lo acercaba a nosotras para oírnos mejor. Creo que nos hacía repetir alguna parte.

Recuerdo las misas en la capilla de Schola donde al finalizar rezábamos las oraciones para después de la Comunión: *Alma de Cristo, Tomad, Señor y recibid*, la oración a Cristo Rey... allí las aprendí. Las misas de Gallo tan solemnes y a la vez tan recogidas y familiares, con el padre Orlandis espléndidamente revestido. Allí hice la primera Comunión, bajo la dulce mirada de María.

Para obtener la curación del Sr. Modolell, íbamos todos los días a

Schola a hacer la novena al beato Claudio la Colombière y conseguir así también su canonización.

Muchos domingos acompañábamos a mi padre a Schola porque tenía que hablar con el padre y allí

Tenía con nosotros los niños un trato muy sencillo. Su presencia infundía respeto, en ningún caso temor. Pienso que tenía un corazón de niño, porque parecía que gozaba con nosotros

encontrábamos a Pablo López, su esposa M^a Aurelia, algunos de los «jóvenes» de la Schola de entonces, Florencio Arnán, que nos hizo de la Santa Infancia, Sevilla, Heredia, que fue sacerdote...

Era una Schola cuyas familias quizás no estaban tan unidas como ahora porque no tenían la convivencia que hay ahora. Con todo, yo recuerdo la buena convivencia en Viladrau con los Bofill, los Canals, los Peira, la familia Freixa... y tam-

bién una convivencia allí familiar y cercana con el padre que gozaba incluso viendo cómo batían el trigo.

«El padre quería acercarnos al Corazón del Señor y que le amáramos por encima de todo»

El padre quería acercarnos al Corazón del Señor y que le amáramos por encima de todo. Él decía: «aunque historiador parezco, sólo misionero soy». Verdaderamente esto fue durante toda su vida: misionero del Corazón de Jesús. Repetía: «dicen que siempre hablo de lo mismo» pero «nunca predicaré otra cosa mientras viva» porque «Jesús es persona de gran Corazón». Es por esto que a mí me dio la primera Comunión a la temprana edad de 5 años y no me exigió en aquel «examen previo» un conocimiento completo del Catecismo o una conducta intachable sino que tuvo suficiente con saber que yo tenía fe, fe en Jesús que está realmente en la Sagrada Forma. Cuando a la pregunta de si sabía qué era la Sagrada Forma yo le respondí que era Jesús, él con voz más alta y mucha firmeza dijo a mis padres: «Esta niña puede recibir la Primera Comunión». Siento no poder contar lo que me dijo aquel día porque no lo recuerdo. Sí recuerdo el pareado que le dedicó a Margarita Bofill en su Primera Comunión al año siguiente, tan sencillo y tan precioso. Le dijo:

«Margarideta, Margaridoia,
del Bon Jesús ets la joia»

También para facilitar que estuviéramos cada día muy cerca de Jesús nos dio permiso, a mis hermanos y a mí, para tomar un vaso de leche antes de salir de casa, de modo que pudiéramos comulgar todos los días antes de llegar al colegio (entonces el

ayuno eucarístico era desde la media noche).

Una temporada que me portaba mal me hicieron ir a hablar con él a su despacho, aquel despacho que tenía una puerta acolchada, como de médico, y en el centro un timbre de rosca, y donde el padre prácticamente vivía. Dentro había una mesa, muchos libros y sillas y sillones para sentarse. Allí me hizo sentar y me fue preguntando y hablando para corregirme con seriedad y dulzura. Al final me regaló el libro de Genoveva de Bravante y me dijo: «Cuando lo hayas leído vienes y hablaremos sobre el libro». Al cabo de un tiempo fui y me estuvo preguntando y comentando los pasajes más bellos de la obra. Esta era su manera de hacer: curar el mal haciendo levantar la mirada y el espíritu hacia la belleza y el bien, hacia el Buen Jesús, el *Bon Jesús*, como le llamaba él.

Importancia de la educación

El padre Orlandis daba gran importancia a la educación y formación de los niños. Bajo su impulso se fundaron dos colegios: la Escuela Santa Ana y «Estudios Schola». En 1953 se fundó la escuela Santa Ana en unos locales de la parroquia de Santa Ana. Empezó con diez niños, como parvulario para niños y niñas, las cuales luego continuaban allí sus estudios. Los chicos al hacer primero de Bachillerato pasaban a «Estudios Schola» que se fundó en 1954 en dos habitaciones de la galería de Schola, junto al despacho del padre Orlandis. El padre seguía de cerca los dos colegios (de cierta profesora decía que no era apropiada para estar con niños porque tenía una voz muy masculina). A Santa Ana vino a hablarnos de santa Teresita, a este día pertenecen las fotografías que

hizo el Sr. Minoves, las últimas que quedan de él.

En una conferencia de 1956 decía: «... aquí está comenzando un colegio, al cual yo doy mucha importancia, mucha, pero que mucha importancia, y creo que no lo entienden los que no le dan importancia...». Para el colegio de Schola hizo un plan de estudios basados en las humanidades clásicas. Instaba, según sus propias palabras, a la «asidua y determinada lectura de los autores clásicos... fuentes inagotables de buen gusto... donde surge en toda su hermosura el orden más admirable de las facultades humanas», «Se ve a las claras cuanto (hace) adelantar en buen gusto el juntar a la lectura de Shakespeare la de los trágicos antiguos y la de nuestros clásicos del buen siglo». Daba mucha importancia a la formación del gusto para prepararnos a gustar de veras lo más importante: el amor del Corazón de Jesús.

En los colegios quería que con trabajo serio, dedicado, constante y humilde se fueran formando nuestras mentes y nuestros corazones, que se elevaran, de modo que todos los estudios de la ciencia y del saber, toda la belleza del mundo, dentro de una unidad, de un mismo sentido, nos llevara a gustar el amor del Buen Jesús, a gustarle para no separarnos nunca más de Él. Así en unos versos dice: «*amb el record del Cel tot té bellesa / l'amor, la ciència, el contemplar del món*». Y M^a Asunción López dice que el padre «tenía un modo especial de enseñar, nunca agobiante, aunque era continuo, vastísimo pues versaba sobre todo y lo aplicaba a todas las ocasiones».

Orientaba mucho al estudio de la historia, eje y nervio de sus estudios, conferencias..., que decía «viene a ser el pedestal del reinado

social de Jesucristo». A mi padre le salvó, a los 15 años, de una crisis de fe mediante el estudio de la historia. Lo importante era «sobrenaturalizarlo todo».

En nuestra escuela no había notas, para nosotras las calificaciones no tenían ningún valor especial. Nos teníamos que formar muy bien no para «hacerlo bien» sino para «hacer bien». Oigámosle a él mismo explicar esto: «Yo no pretendo hacerlo bien, yo pretendo hacer bien. Mirad, el día dos cumpliré ochenta años y ¿qué sacaré yo de hacerlo bien? que digan: ¡Qué bien lo hace o qué mal!, tanto da una cosa como otra. Lo que deseo es hacer bien, porque esto es lo único que llevaré al otro mundo: hacer bien. No digo que: sí, hemos de procurar hacerlo bien, esto es otra cosa, pero no por hacerlo bien, sino por hacer bien» (conferencia del 28 de noviembre de 1955), y en otra conferencia del lunes anterior dice: «Encomendadme a Dios, ya que he de hacer esto... ¡Me lo han pedido! Que Nuestro Señor, no, no me lo haga hacer bien, no, no, hacerlo bien no, hacer bien... La fórmula creo que es esta: hacerlo bien no, hacer bien. ¿Qué sacaré yo de hacerlo bien? ¡Hacer bien!... Lo ha hecho muy bien ¿y a mí qué me importa? ¿He hecho bien o no he hecho bien? Por consiguiente para hacerlo bien, he de trabajar. Ahora, para hacer bien he de esperar que Nuestro Señor haga fructificar ese poco que puedo hacer yo».

Su devoción filial a María

En los colegios Santa Ana y «Estudios Schola», bajo su orientación, se fomentaba en la piedad un trato familiar, respetuoso y cercano con Jesús sacramentado: nosotras bajábamos todos los días a la Iglesia Santa Ana y arrodilladas en el comulgatorio, alrededor del sagrario, nos enseñaban a hablar con el Señor con fe y con confianza. En el mes de mayo bajábamos a cantarle a María cantos sencillos pero siempre muy escogidos, profundos, de buen gusto, hermosos, de nuestra tierra, en catalán o en castellano, o en latín. El padre era muy devoto de la Santísima Virgen, él nos la mostraba en el bellissimo cuadro del altar de Schola como el camino por donde se derraman hasta nosotros todas las gracias del Corazón de Dios. En sus últimos días, en la enfermería de Sant Cugat, murmuraba la canción «*Oh, Maria, mare mia, / oh, consol del trist mortal, / ampareu-me i guieu-me a la pàtria celestial...*», que seguro había aprendido en la infancia.

Nos inculcaban un profundo amor al Papa y a la Iglesia. Recuerdo que escribimos a Pío XII para felicitarle en su 80 aniversario y la respuesta llegó en plena fiesta de la Virgen de Montserrat firmada por el cardenal Montini, el que después sería Pablo VI. ¡Con qué solicitud vivimos la enfermedad y muerte de Pío XII, el cónclave y la elección del nuevo papa! Cuando la «fumata» blanca indicó que ya teníamos papa,

bajamos a la iglesia, con una alegría inmensa, a dar gracias a Dios.

Preparando la fiesta de san José, hacíamos sacrificios poniendo por cada uno un granito de trigo en una cestita para que una vez molidos fueran las formas que los nuevos sacerdotes debían consagrar en el día de su ordenación, el día de san José.

Cuando estaba ya tan mal, antes de que le llevaran a la enfermería de Sant Cugat, le llevábamos a su despacho flanes que hacía mi madre y que era lo único que tomaba.

El 24 de febrero de 1958 murió el padre en Sant Cugat del Vallès a donde había sido trasladado un mes antes. Sobre su tumba sólo tres fechas, dice María López, «evocan lacónicamente los largos años de sacerdocio, trabajo, estudio, enseñanza y magisterio del hijo de san Ignacio».

Fui testigo de la triste orfandad en que quedaron sus discípulos porque, otra vez citando a M^a Asunción López, «además de maestro era para todos el confidente, el amigo, el padre que se prodigaba y daba sin contar, como da la persona que ama, porque el padre Orlandis amaba a sus discípulos». Que él nos acoja en el Cielo, donde prometió esperarnos.

Gracias, padre Orlandis, por habernos señalado el camino del Cielo, el amor del Corazón sacratísimo de Jesús, y la fuente que derrama todas sus misericordias, la Santísima Virgen Medianera de todas las gracias. Y confiamos en que nos saldrá a recibir a la puerta del Cielo como prometió. ¡Gracias, padre, por tanto!

«Aunque historiador parezco, sólo misionero soy»

Padre Ramón Orlandis

Mis recuerdos del padre Orlandis

Oriol Anguera de Sojo Peyra

Oriol Anguera de Sojo es hijo de José Anguera de Sojo, uno de los primeros discípulos del padre Orlandis. En este artículo Oriol narra como el contacto con el padre Orlandis y Schola han marcado profundamente su vida.



ESTE escrito es personal y reducido. Narra mi contacto con Schola, cuyo origen deriva totalmente de la gran relación entre mi padre y el padre Orlandis.

No creo que mi padre conociera ni *Iuventus* ni *Schola* en 1925, pues tenía 15 años. Perteneecía a la Congregación Mariana y acabó la carrera de derecho a los 19 años. Creo que en 1928 o 1929 fue cuando conocí al padre Orlandis y se inició en *Schola*. Creo que juntamente con él, entraron Gerardo Manresa, Modolell, Planas y algunos otros jóvenes. Posiblemente Sanmartí, Creus y otros. Mi padre se casó en 1933; en 1934 nací yo, en 1936 mi hermano. Al estallar la guerra mi padre fue movilizado por los rojos, pero se pasó por el frente de Aragón a la zona nacional. Luchó como oficial de complemento de regulares, hasta su muerte, en combate, en agosto de 1938. Mi padre, previamente, a su paso de los republicanos a los

nacionales, organizó que mi madre con dos hijos y esperando el tercero se embarcara en dirección a Marsella, desde donde llegamos a España por la frontera de Irún y pudiera encontrarse con mi padre que ya se había pasado por el frente.

Terminada la guerra volvimos a Barcelona y enseguida me relacioné con el padre Orlandis, que me preparó y me dio la primera comunión en 1940 a los cinco años, precisamente en el edificio de Caspe, esquina Lauria, en el piso en que se inició y propagó Schola, convertida en *Schola Cordis Iesu*. Todo esto en los años 40 y 50, con el padre Orlandis. El conjunto de todas estas coincidencias tristes y alegres fueron providenciales en mi vida.

Hacia finales de los años 40, en los últimos cursos de bachillerato del colegio de san Ignacio, todos los lunes, aproximadamente a las 19 horas bajaba a la calle Caspe-Lauria, al piso donde había recibido la primera comunión, y era oyente de las conferencias del padre Orlandis. Esto duró desde 1948 hasta 1951, año en que inicié la carrera de derecho en la Universidad. Recuerdo que las primeras conferencias fueron sobre el *interim* de Ausburgo¹ en el siglo XVI, que el padre Orlandis ponía como ejemplo de debilidad para dialogar y enredar con los protestantes, en contraste con el Concilio de Trento, que preparaba la Contrarreforma sin complejos.

¹ Interim de Augsburgo es el nombre con el que se conoce al decreto imperial promulgado el 15 de mayo de 1548 en el que se dan una serie de concesiones en materia religiosa a los protestantes que permiten ver al Interim como el primer paso significativo en el proceso que llevó a la legitimación política y religiosa del protestantismo como alternativa al catolicismo.

Mi época de Universidad duró desde 1951 hasta el verano de 1955 cuando empecé el servicio militar en el ejército. En estos años frecuenté Schola. Apareció la revista *Cristiandad* que yo leía, con interés, de cabo a rabo. Iba a Schola algunos días sobre todo en verano. En julio de 1954, hice los ejercicios de san Ignacio en Viladrau, dirigidos por el padre Orlandis. Era el más joven de los ejercitantes, de los que recuerdo

El contacto con Schola durante mi juventud determinaron mi forma de pensar, y en consecuencia, de actuar.

a Bofill, Canals, Lamarca y a otros varios. Incluso vino de Madrid, Eugenio Vegas Latapie, un personaje famoso, que fundó la «Ciudad Católica» con Juan Vallet de Goytisolo y otros, con su revista *Verbo*, en la que alguna vez colaboraban Canals y Petit y que actualmente sigue publicándose.

Desde 1955, seguramente con la decadencia física del padre Orlandis, Schola sufrió inquietud y cierta disidencia entre los socios, con gran disgusto del padre Orlandis, quién murió en 1958. Yo fui asistiendo menos, sobre todo desde 1956 que empecé a ejercer la carrera, ca-sándome en 1962. No tuve más contacto con Schola y pensé que había desaparecido.

No añoré a Schola ni a su gente a pesar que tenía simpatía y aprecio por todos ellos. Sin embargo me dí cuenta muy pronto, de que mi pensamiento y mi voluntad estaban modelados completamente con la formación de *Schola* y del padre Or-

landis. Mis lecturas más influyentes era la *Historia universal* de Weiss, el padre Ramière, Donoso Cortés, santo Tomás, san Agustín y otros. La formación recibida de *Schola* y del padre Orlandis, fue para mí invencible. Resistió todo el modernismo eclesiástico y postconciliar, al que acogí con notable antipatía, y me di cuenta de que el verdadero fondo de mi pensamiento tenía dos padrinos principales. El primero era la asimilación de la fe, como base vital, que recibí de mi padre y mi madre, podríamos decir desde los cinco años, y ésta era intocable. Por cierto, recordaba siempre que el padre Orlandis decía que la fe vital se transmite de los padres a los hijos, hacia los cinco años. El segundo era que mi contacto y formación de Schola entre los 10 y los 20 años, habían determinado mi forma de pensar, y, en consecuencia, de actuar. Toda la avalancha de progresismo cristiano que se inició en los años 60 y que todavía no ha terminado, me produjo un fuerte rechazo. No me afectó a la fe ni a la práctica religiosa, pero sí me produjo una acendrada antipatía, a una parte de la representación de la Iglesia en distintos escalones, que en ocasiones me han producido remordimientos.

En los últimos años 80, me enteré por Paco Gomis que *Schola* existía rejuvenecida y remodelada. Volví a ella y, lo que es mejor, toda mi familia, unos antes que otros, fueron adhiriéndose a *Schola*.

Finalmente, una observación. Mi caso particular con respecto a *Schola* es que fue la doctrina lo que determinó mi aceptación irrevocable. Pero ello no implica que el ambiente que en estos momentos se tiene en *Schola* es uno de los grandes motivos de hacer y recibir el bien.

«Dilexit nos». La confirmación del carisma apostólico del padre Orlandis

Francesc M^a Manresa i Lamarca

El papa Francisco en su encíclica Dilexit nos ha confirmado en nuestra vocación en Schola, pues ha enseñado que las revelaciones de Paray-le-Monial hallan su profunda comprensión en la doctrina de la doctorcita de Lisieux.

EN la manifestación del amor misericordioso del Sagrado Corazón en Paray-le-Monial hallamos una doble revelación que añade su característica de novedad y singularidad: la solicitud de la reparación –tras la revelación del amor no correspondido– y la promesa de su reinado –a pesar de sus oponentes y enemigos–.

La segunda, es la revelación a la que Pío XI se refería como la «tan consoladora y cierta profecía del divino Corazón» por la cual vaticinaba que «oirían su voz, y se haría un solo rebaño y un solo Pastor» (*Ubi arcano Dei consilio*); profecía para todos y consuelo particular para santa Margarita María en su largo camino de humillación e incomprensiones.

La primera, en cambio, nace de la ardiente queja del divino Corazón: «Si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que por ellos hice, y querría hacer aún más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder a mis des-

velos por procurar su bien sino frialdad y repulsas».¹ Esta es la solicitud del «amor por amor» con que el Santo Padre Francisco titula el quinto capítulo de la *Dilexit nos*, en el que profundiza en el misterio de la reparación y nos ofrece una luz novedosa. Una novedad que él mismo anuncia diciendo que «para reflexionar mejor sobre este misterio, nos ayuda nuevamente la luminosa espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús» (*Dilexit nos*, 195).

Esta conexión entre la singularidad del mensaje de Paray-le-Monial y la santita de Lisieux es un paso más en la comprensión de la «sed de amor» del divino Corazón porque «con su intuición espiritual santa Teresa del Niño Jesús descubrió que hay otra forma de ofrendarse a sí mismo, donde no hay necesidad de saciar la justicia divina sino de permitir al amor infinito del Señor di-

¹ Santa Margarita M^a de Alacoque, *Autobiografía* (Bilbao 1890) 30

fundirse sin obstáculos: «¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti» (*Dilexit nos* 196).

Según el santo Padre enseña, santa Teresita reconfigura «algunos elementos de la devoción al Corazón de Cristo, ayudándonos a entenderla de un modo todavía más fiel al Evangelio» (*Dilexit nos*, 129) y a la luz de su ofrenda al amor misericordioso propone que «desarrollemos esta forma de reparación, que es, en definitiva, ofrendar al Corazón de Cristo una nueva posibilidad de difundir en este mundo las llamas de su ardiente ternura [...] y se convierta en actos de amor fraterno con los cuales curamos las heridas de la Iglesia y del mundo. De ese modo ofrecemos nuevas expresiones al poder restaurador del Corazón de Cristo». (*Dilexit nos*, 200); porque tal y como nos había dicho «es importante advertir que no se trata sólo de permitir que el Corazón de Cristo extienda la belleza de su amor en el propio corazón, a través de una confianza total, sino también que a través de la propia vida llegue a los demás y transforme el mundo: «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor [...] ¡¡¡ Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!». Los dos aspectos están inseparablemente unidos.» (*Dilexit nos*, 196)

Esta nueva comprensión de las revelaciones de Paray-le-Monial hace resonar en nosotros aquella convicción que el padre Orlandis tenía de que «en el mensaje del amor misericordioso y de la infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús ha llega-

do a plenitud la revelación del Corazón de Jesús».²

La hace resonar por esa difusión de las llamas de ardiente ternura del Corazón de Cristo a la manera que al inicio de *Pensamientos y ocurrencias* está escrito que aquella legión de almas pequeñas que el padre Orlandis soñaba «arderían en celo de la gloria de Dios y de las almas» y llevados de este celo practicarían y difundirían la devoción al Sagrado Corazón.

Y la hace resonar también porque nos invita a esa misma consideración de santa Teresita «como mensajera de las misericordias inefables del bondadoso Corazón de Jesús para con los ciegos y cojos, las almas débiles y pequeñas, los pobres de espíritu, tal vez menospreciados o desahuciados, para que reciban aliento, luz y confianza... para subir por el ascensor de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al amor misericordioso de Dios».³

Este fue el carisma apostólico del padre Orlandis: hacer conocer el amor del Corazón de Jesús en la doctrina de santa Teresita. Una vocación apostólica que consideraba capital en su labor al frente del Apostolado de la Oración en Barcelona y de *Schola Cordis Iesu*, de tal modo que él mismo decía que si sus superiores no le autorizasen a enseñarlo «solicitaría con mucha insistencia que me retirasen del Apostolado de la Oración [...], porque yo no puedo con sinceridad hacer

apostolado de la devoción al Corazón de Jesús si no me permitiesen hablar de la infancia espiritual y del amor misericordioso de santa Teresita del niño Jesús. Es mi vocación, es lo que yo tengo que hacer en la Iglesia»⁴.

«Lo nuestro es el Corazón de Jesús», se ha dicho cientos de veces en Schola, de cuya espiritualidad e ideales es manifestación esta revista. Y ciertamente que es así, pero lo es en la escuela de santa Teresita, en su caminito de infancia espiritual, en su camino de «humildad, confianza y amor»⁵, tal y como la ha propuesto el papa Francisco en la *Dilexit nos*, a cuya espiritualidad le ha dedicado más párrafos que a nadie, bajo cuya maestría nos ha propuesto comprender más fielmente la preciosa devoción al Corazón de Cristo.

En el curso de la celebración del centenario de *Schola Cordis Iesu*, José M^a Alsina –director nacional–, argumentó que si en otro tiempo se dijo que si por programa de *Schola Cordis Iesu* podría tomarse el del papa Pío XI, ahora se podría decir también que el programa de *Schola Cordis Iesu* sería el del papa Francisco: el papa de la *Patris corde*, el de la *C'est la confiance* y el de la *Dilexit nos*, en la que reconocemos humilde y filialmente, junto al padre Orlandis, que la Iglesia enseña que el misterio particular y singular de las revelaciones de Paray-le-Monial hallan su profunda comprensión en la doctrina de la doctorcita de Lisieux. *Deo gratias*.

4 F. Canals Vidal, Conferencia del 9/11/2002

5 María Bergera, «La deuda de Schola Cordis Iesu con santa Teresita», *Cristiandad* 795. De esta síntesis había dicho el Dr. Canals que «en 53 años de revista *Cristiandad* nadie había dicho tanto en tan poco».

2 F. Canals Vidal, «Mis recuerdos del padre Orlandis», *Cristiandad* 801

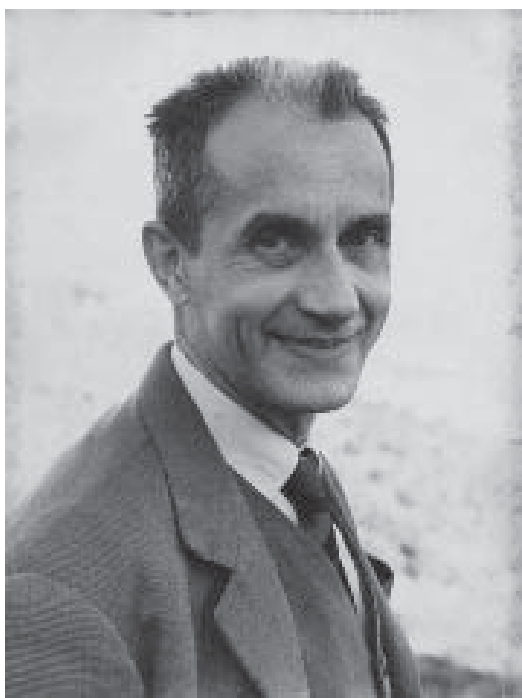
3 Padre Ramón Orlandis Despuig S.I., «Pensamientos y ocurrencias», *Cristiandad* 269



Orientaciones bibliográficas

Evaristo Palomar

Jaime Bofill i Bofill, *Obras completas. Tomo I. Plura ut unum*.
Artículos en la revista *Cristiandad*
Toledo: Ediciones Cor Iesu (2025)



CONCEBIDAS en tres aportes, las *Obras completas* de Jaime Bofill Bofill, ha visto la luz el tomo I que integra cronológicamente la serie de sus entregas a lo largo de veinte años en la revista *Cristiandad*. Una buena parte de las mismas se recogen en una de las secciones de la concepción originaria de la publicación, *Plura ut unum*, expresión de fontal riqueza metafísica, síntesis del magisterio de santo Tomás de Aquino, y a la que el padre Ramón Orlandis Despuig manifestaba muy determinada querencia. En efecto, lejos de manifestar dispersión de intereses o afectación por lo circunstancial, el enunciado sostiene la razón existencial, con principio y fin en Dios: y si de la razón metafísica pasamos a la razón histórica, analógicamente, solo por razón de unidad entendemos lo que se nos presenta como múltiple.

Dos avenidas vertebran el conjunto, que como tal, muy significadamente, dan comienzo por Oporto –misión de sor María del divino Corazón, del Buen Pastor– para desembocar en Roma –noticia acerca del Angelicum–. Las dos

trazas delinean las riberas preñadas de vida, de las que una, la fuente de aguas vivas: en torrencera alegre, cristalina, que transita ya desbordada de deseos, y muestra por todo una sola Palabra: Caridad–Amor, según se nos da en la entraña misma del Costado, para hacer ahí hogar y morada de Dios con los hombres. Toma pulso en las vísperas del Año Jubilar de 1950: y se vuelve de manera encendida sobre las grandes estelas que el Espíritu va asentando. Actos grandiosos en la contemporaneidad, resueñan como la voz de un Isaías, proclamando el Reino que viene y desvela

en universo el Corazón del Redentor de los hombres. *Annum Sacrum, Quas primas, Summi Pontificatus*, y todavía, al cabo, el gran testamento de Pío XII, *Haurietis aquas*. Verdadera avenida esta que ha venido, no simplemente a confirmar, sino a desplegar el papa Francisco en su *Dilexit nos*: el Corazón es el camino, y la verdad, y la vida.

Por lo demás, adviértase el entreverado... Un autor nos desentraña al través de dos de sus obras. Resultando accesibles en aquel entonces *El Apostolado de la Oración y El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, se cuidó la edición de otras dos que venían a cubrir lo fundamental del gran apóstol de los tiempos modernos, el padre Enrique Ramière. Saludando la reedición de *La soberanía social de Jesucristo*, una de sus elaboraciones cumbre, da a conocer después los trabajos asumidos que culminarán en la edición *ex novo* y primera versión completa al castellano de *Las esperanzas de la Iglesia*, sobre lo que volverá en penúltima entrega y bebiendo ávidamente en san Agustín: «*Esperança i tradició*». Destaquemos: la vida en fe como abandono en Dios, «*L'esperança espera contra tota esperança: és la resposta de la fidelitat a la fidelitat. Abraham; Maria; l'històrica esperança que, al cap de dos mil anys, ha fet retornar Israel a Palestina han desafiat tots un "quomodo fiet instud?" que no tenia resposta racional possible*».

Una gran voz fuealzada sobrepasado ya el ecuador del pasado XIX: es el *Syllabus* del beato Pío

IX, Pastor con el carisma de la profecía. El catálogo es una afirmación del entender humano, de la realidad creada y de la revelación divina: declara estulticia la serie de enunciados que integra. Ni hay ni cabe, por mínima que fuere, síntesis de ser y no-ser. Yerran quienes lo pretenden. De donde que, tras la Iglesia docente y con ella, se navegue otra segunda gran avenida: las aguas que ofrece la condensación en sistema del hijo de santo Domingo, Tomás de Aquino. Y en cuanto a lo que es: maestro común y para nuestro tiempo. Afloran de seguido *Aeterni Patris, Pascendi, Studiorum duces, Humani generis*... Primero, se aquilata el lugar del tomismo en la vida de la Iglesia, qué alcance tenga, y cómo juega con las restantes escuelas recibidas. Segundo, se introduce en contenidos para disponer en candelero la realidad del ser personal. Pero aduce, además, materias muy relevantes y reveladoras que abren horizontes amplios tanto en lo que toca al concepto mismo de ciencia cuanto a lo natural, entre otros. Y abundando en el mérito del discurso por síntesis.

Llama la atención el diálogo mantenido con Panikkar, sin que obste que salude más tarde con elogio su estudio acerca de lo natural. Y resulta premonitorio, al transcurso del tiempo: «Una superación del intelectualismo, si es sobrenatural y cristiana, ha de conducirnos, lógicamente, hasta aquí. Porque la oración al Corazón de Cristo cumple, para un cristiano, sus últimas

exigencias personales. Es preciso que la filosofía dé este último paso (...) Echo de menos, entre todo lo mucho bueno y óptimo que he admirado en tus escritos, este último paso decisivo».

Pero el vuelo toma altura en la

Animo a su lectura sostenida y estudio atento, e incluso meditativo, tendente a la contemplación.

entrega postrera al destilar las palabras que dirigiera san Juan XXIII con motivo de elevar el *Angelicum* a *Universitas*: susurra más que habla, muestra más que deduce; se trata de la *sapientia cordis*, el entender amante o amor que entiende, y dice y comunica como confidente la dulzura de la palabra que, siendo verdad, exhala amor.

El conjunto nos ofrece introducirnos en el camino acompasado de la Iglesia, tal y como ésta se dirige a nosotros mismos: en lo que nutre, alimenta, fecunda. Animo a su lectura sostenida y estudio atento, e incluso meditativo, tendente a la contemplación. Sería deseable que el pasar de las páginas se abriera al contacto mismo de las páginas de la revista *Cristiandad*, dado que en dichos cuadernos se concibieron y tomaron vida, integrando números monográficos. Damos gracias a Dios. que nos concede llevar a término estos trabajos. Que lo disfruten.





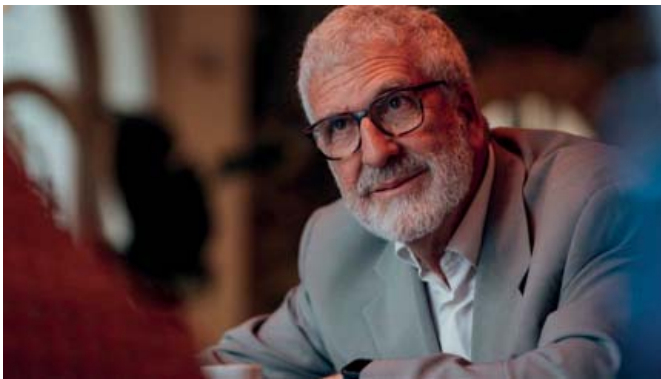
Hemos leído

Aldobrando Vals

Nosotros, los mediocres

Comparte en su blog Gregorio Luri una respuesta en la que retrata uno de los síntomas de la sociedad en que vivimos:

«Esta mañana, médicos. Y estando en la sala de espera me ha llegado una invitación para participar como jurado en una especie de festival cinema-



tográfico en torno a las emociones.

Esto le he escrito a la persona (por otra parte gran profesional y buen amigo) que me ha invitado:

”Estoy harto de los discursos sobre salud mental y emocional. Los considero el mal del que se creen cura. **Estoy totalmente en contra de la psicologización emotivista de la infancia.** El mundo se ha llenado de terapistas, mistagogos, coaches, sanadores, vendedores de crecimiento personal,

psicólogos positivos, abraza-árboles y afines. **Hemos entrado de lleno en la cultura del sentimiento del propio sentimiento, es decir, del narcisismo herido. Nadie se evalúa por sus acciones, sino por las emociones que siente cuando actúa en el teatro de su autoestima.** Freud resumía esta nueva situación con la historia de un joven, que habiendo matado a su padre y a su madre, se dirigió al juez cuando éste se retiraba para dictar sentencia, con estas palabras: «Señor juez, no olvide que soy un pobre huérfano».

Estoy harto del uso y abuso del término «emocional» y del consiguiente estímulo de la incontinencia emocional. En nombre de la salud mental y emocional estamos huyendo constantemente de todo lo que nos resulta ingrato. **Estamos sometiendo a la infancia a una «narrativa» de enfermedades y malestares que acaba haciendo atractivo el propio malestar. Si no estás frustrado por algo, no eres nadie.** Ya no hay niños traviesos. Todo comportamiento infantil ha sido traducido al lenguaje terapéutico, corriendo los riesgos inherentes a las profecías autocumplidas. La expansión del diagnóstico clínico nos está invitando a sentirnos mal, hasta el punto de que sentirse mal se ha convertido en un ingrediente imprescindible de la identidad de muchas personas.

Volviendo a Freud, deberíamos recordar lo que consideraba pru-

dente esperar del psicoanálisis: la transformación de un miserable neurótico en un infeliz banal.

Yo aspiro a que mis iguales, los infelices banales, nos reconciliemos con los malestares inherentes al hecho de estar vivos y a que amemos cada vez más nuestras heridas triviales. Nosotros, los mediocres, debemos amar nuestras mediocridad y no permitir que nadie nos la cure».

La trampa en la que caerá el Anticristo

Fr. Dwight Longenecker
CATHOLIC PRIEST, AUTHOR AND SPEAKER

El sacerdote estadounidense Dwight Longenecker nos deja estas sugerentes reflexiones sobre Cristo, el Anticristo y porqué este último será incapaz de reemplazar a aquel que no comprende:

«El Anticristo, bajo su agradable apariencia de confianza y eminente poder, quiere lo que Cristo tiene simplemente porque Cristo lo tiene. Quiere ser como Cristo. Esto es, por supuesto, un eco de la batalla acaecida en el jardín del Edén, en la que Satanás tienta a Adán y Eva diciéndoles que si comen del árbol del conocimiento del Bien y del Mal llegarán a ser como Dios. Satanás mismo experimentó esa misma tentación y por eso se rebeló. Quería el poder de Dios simplemente porque Dios tenía ese poder y no podía soportar no ser como Dios.

Así que el Anticristo no solo quiere lo que Cristo tiene simplemente porque lo tiene, sino que quiere ser como Cristo. Quiere ser el Hijo de Dios. Este es el núcleo de las tenta-

ciones en el desierto. Satanás quiere darle la vuelta al guión. Quiere que Jesucristo lo adore en vez de que Satanás tenga que someterse, quiere que sea Cristo el que se someta. Entonces él será como Cristo.

El espíritu del Anticristo siempre está presente en el mundo, pero cuando el Anticristo final aparezca intentará parecerse a Cristo tanto como sea posible. Pero aquí está el truco: tratará de parecerse a lo que él piensa que es Cristo, y ésta es la parte resbaladiza del asunto. Satanás todavía no ha entendido, y mucho menos aceptado, quién es realmente Jesucristo. Piensa que Jesucristo es un gobernante mundano como él mismo lo sería. Piensa que a Jesucristo le interesa el poder y la dominación, porque Satanás, ese espíritu orgulloso, no puede imaginar otra cosa. No tiene un intelecto capaz de comprender verdaderamente la humildad. Piensa que la humildad es una estafa, un truco astuto, un ardid, una estratagema.

Así que el Anticristo no aparecerá como asemejándose al verdadero Jesucristo, sino a lo que él pensará que es Jesucristo. Y lo que el Anticristo pensará es que el Jesús maestro espiritual, sanador y con un alma compasiva es solo una máscara, un papel que Cristo interpretó y que él querrá también interpretar. El problema es que Satanás siempre se pasa de frenada. Es un viejo actor que sobreactúa.

La eutanasia, una apostasía silenciosa

FRANCE
CATHOLIQUE
DONNER DES RACINES AU FUTUR

Cuando en Francia se debate en torno a la eutanasia, el abbé Matthieu Raffray nos deja esta reflexión en France Catholique sobre cómo la debemos afrontar los cristianos:

«[No vivimos, sufrimos] y morimos cada uno para sí mismo, sino los unos por los otros, y tal vez incluso los unos en lugar de los otros».

Esta frase de *Diálogo de carmelitas* de Bernanos, parafraseando a san Pablo a los Romanos (14,7) (a la que me he tomado la libertad de añadir los dos primeros términos) es de una verdad trágica y luminosa: resume el enigma humano del sufrimiento y la muerte mejor que muchos tratados teológicos. Cuando nuestros parlamentarios quieren legalizar la eutanasia bajo el pretexto de la compasión y la dignidad, necesitamos reflexionar urgentemente sobre el significado de estas palabras. **Porque nuestra época, que se cree lúcida y bondadosa, tiene una relación con la muerte y el sufrimiento extraña, ambigua y profundamente marcada por el individualismo moderno y por el olvido de la eternidad.**

El hombre contemporáneo vive en una contradicción que pocos se atreven a nombrar. Por un lado, ocultamos la muerte: la rechazamos, la eliminamos de nuestro discurso, de nuestros rituales y de nuestra mirada. La relegamos a espacios médicos, esterilizados por la tecnología, anestesiados por sedantes y eufemismos. Ya no morimos, “nos dormimos plácidamente”, “dejamos a nuestros seres queridos”. La muerte deja de ser una realidad compartida para convertirse en un accidente individual, casi indecente.

Pero, al mismo tiempo, el hombre exige el derecho a provocarla a su antojo. Ya no sólo quiere morir: quiere elegir cómo, cuándo y en qué condi-

ciones morir. Este deseo, disfrazado de libertad, es menos un signo de progreso que de rendición: un miedo a la dependencia, un rechazo de la realidad, una voluntad de control absoluto. **La eutanasia, así entendida, no es una respuesta humana al sufrimiento, es una huida de la condición humana. Porque la propia finitud de la condición humana significa que no nos pertenecemos del todo a nosotros mismos.** No somos la causa de nuestra vida; ¿por qué deberíamos pretender ser sus árbitros finales?

La reivindicación de la eutanasia es sintomática de una antropología fragmentada. El individuo se concibe como una mónada autosuficiente, responsable sólo ante su propia voluntad. El sufrimiento se vuelve intolerable en cuanto deja de tener sentido para mí. La muerte se considera escandalosa si escapa a mi consentimiento. Desde este punto de vista, cualquier dependencia, cualquier necesidad de los demás se vive como una degradación.

Pero la verdad humana es muy distinta. No estamos solos y no morimos solos. Toda muerte es un acontecimiento comunitario, una herida en el tejido de las relaciones. El moribundo nunca está solo cuando muere: muere dejando hijos, amigos, una comunidad. Y a menudo muere llevando consigo el sufrimiento de los demás, o expiándolo. Las palabras de Berna-

nos no son una simple metáfora: son una clave espiritual. **El sufrimiento es siempre misteriosamente compartido, y la muerte puede tener una fecundidad invisible, una fecundidad de amor, ofrecida por los demás, como lo fue la de Cristo.**

[...] El corazón del problema es la eternidad. El hombre moderno ya no sabe qué hacer con la eternidad. La ha olvidado. Vive como si la muerte fuera la nada, como si todo se acabara allí. No quiere el más allá, porque no quiere el juicio. Pero hay un juicio: «está establecido que los hombres mueran una sola vez, y que después haya un juicio» (Hebreos 9, 27). La muerte no es una salida, es una entrada. Una entrada en lo invisible, en el encuentro cara a cara con Dios, en la verdad desnuda. La vida aquí en la tierra es un tiempo de elección, un tiempo de prueba; está hecha para conducirnos a Dios, o para alejarnos de Él.

Hablar de eutanasia sin hablar de los fines últimos es hablar de la muerte como un pagano o un ateo. Pero los cristianos sabemos que hay un alma, que hay un Infierno, un Purgatorio y un Cielo. Sabemos que no morimos «para acabar de una vez», sino para responder. El cristiano que muere en gracia va al encuentro de Cristo; el que muere en pecado mortal, sin arrepentimiento, se separa de Dios para siempre.

Es una verdad terrible, pero saludable. Sólo ella da su verdadero peso a nuestras decisiones morales.

Frente a esta deriva, **urge redescubrir una visión integral de la vida y de la muerte. Los cristianos estamos llamados a morir como hemos sido llamados a vivir: como hijos de Dios, como hermanos de los hombres, como miembros sufrientes del Cuerpo místico de Cristo.** La muerte no es el momento de un repliegue individualista, sino de un acto final de entrega. El sufrimiento final puede convertirse en oración, intercesión, purificación. Puede vivirse por los demás, e incluso, misteriosamente, en su lugar. Esta es la lógica de la Cruz: lo que el mundo rechaza como absurdo se convierte, a la luz de la fe, en la expresión suprema del amor.

Corresponde, pues, a las familias, a los sacerdotes, a los médicos y a toda la comunidad cristiana atender a los moribundos con respeto, compasión y fe. No se trata de prolongar la vida a toda costa, sino de no negar nunca al hombre esta dignidad última: morir como un ser humano querido, conocido y amado por Dios, en la paz, en la verdad y en la gracia.

Nuestro deber es preparar a las almas para un buen morir. Porque una buena muerte, una muerte santa, es la coronación de toda una vida. Y ninguna legislación humana podrá jamás reemplazarla».

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Junio: Para crecer en la compasión por el mundo

Oremos para que cada uno de nosotros encuentre consolación en la relación personal con Jesús y aprenda de su Corazón la compasión por el mundo.

Julio: Por la formación para el discernimiento.

Oremos para que aprendamos cada vez más a discernir, saber elegir caminos de vida y rechazar todo lo que nos aleje de Cristo y del Evangelio.



Pro beatificación padre Enrique Ramière

«En la escuela del Corazón de Jesús: el *munus suavissimum* y la misión del padre Ramière»

EL 29 de junio de 2022, se dirigía el padre general Arturo Sosa S.I. a toda la Compañía, al objeto de renovar la consagración al Corazón de Jesús: «Les recuerdo que en enero de 1872 el P. Beckx S.I., superior general de los jesuitas, consagró la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús. En 1883 los Padres de la 23ª Congregación general aprobaron el decreto 46: “Nosotros declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con un espíritu desbordante de gozo y de gratitud, la suave carga (*munus suavissimum*) que le ha confiado Nuestro Señor Jesucristo de practicar, promover y propagar la devoción a su divinísimo Corazón”. Para acoger el «*munus suavissimum*» que le confió el Señor, para promover la devoción a su Corazón, la Compañía de Jesús confirmó en 1915 (26ª CG decreto 21) que el Apostolado de la Oración era un buen medio para llevar esta misión».

Comentaba el padre general Hans Peter Kolvenbach, S.I. (Paray-le-Monial, 1988), y con motivo de la carta que dirigiera san Juan Pablo II a la Compañía de Jesús: «sin querer reservarse el monopolio de esta misión y sin reclamar de una manera exclusiva la «*trium-*

phalis progressio cultus Sacratissimi Cordis Iesu», la Compañía, hace un siglo, durante la Congregación general XXIII, reconoció y recibió «a *Domino Nostro Iesu Christo munus suavissimum ipsi commissum*», esta misión que, en efecto, ha encontra-



do entre los jesuitas, y continúa encontrando en ellos un eco particularmente profundo y prolongado».

La referida Congregación general se clausuró el 23 de octubre de 1883. Culminaba así una de las tareas de la misión providencial del padre Ramière: poco tiempo después, el 3 de enero de 1884, descansaba en el Señor Jesús.

Comentario

Concluyendo el padre Ramière su Tercerado, el 8 de diciembre de 1854, mismo día en el que el beato Pío IX definía dogmáticamente la Inmaculada Concepción de santa María Virgen, redactaba en latín su consagración en esclavitud a la gloria de Jesucristo por medio de María.

Junto a su firma consta la del padre instructor, el padre Fouillot. El acto de consagración lo renovarían formalmente sobre el mismo papel en años sucesivos, según consta: 1856, 1858, 1862. El 1 de abril de 1878, Jueves Santo, sin embargo, recomponen la fórmula de consagración, que, mostrando su impronta montfortiana, expresa determinadamente su inspiración en san Pablo.

Revelación del Corazón de Jesús a santa Margarita, de Ciseri (1888). Iglesia de Santo Domingo (PP. Dominicos). Chioggia – Véneto (Italia).



Hace 75 años El Corazón de Cristo, antídoto frente a la mundanidad

Ibón Elósegui

Nos recordaba el papa Francisco en la encíclica dedicada al Corazón de Jesús aquel diálogo entre santa Gertrudis y san Juan, a quien la santa le pregunta por qué no había escrito nada de lo que le fue revelado cuando recostó su cabeza en el pecho del Señor durante la Última Cena. Éste le respondió: «la dulzura de esos latidos se reservó para los tiempos modernos, de manera que, escuchándolos, pueda renovarse el mundo envejecido y tibio en el amor de Dios». Esta tibieza “en el amor de Dios” pasa por un apartarnos de su amor y sustituirlo por un apego al mundo. Así como cuando alejamos un objeto de una fuente de calor se va enfriando, así la tibieza en el amor de Dios pasa por ir mundanizándose y apegándose a las cosas de este mundo.

Es el profeta Ezequiel quien profetiza al Pueblo de Israel, «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne». El corazón de piedra representa aquel corazón que, tras alejarse de Dios, está insensible y sólo busca su propio deseo, olvidándose por entero de Dios y del prójimo. Es por ello que el profeta manifiesta a su pueblo la necesidad de recibir un «corazón de carne». ¿Pero cómo se transforma ese corazón de piedra en uno de carne? Recordemos las palabras de Pío XI en la encíclica Miserentissimus Redemptor que nos recordaba:

«... así como en otro tiempo quiso Dios que a los ojos del humano linaje que salía del arca de Noé resplandeciera como signo de pacto de amistad “el arco que aparece en las nubes”, así en los turbulentísimos tiempos de la moderna edad... el benignísimo Jesús mostró su Corazón como bandera de paz y caridad desplegada sobre las gentes, asegurando cierta la victoria en el combate».

Esta es la idea que brota del artículo que recogemos de junio de 1950, hace 75 años, en el que Francisco Canals reflexionaba sobre la profecía de Ezequiel antes mencionada.

«Os quitaré el corazón de piedra...» Francisco Canals Vidal

«La idea de progreso ha sido en la moderna Europa occidental la fe activa de nuestra civilización», escribe **Christopher Dawson**, y añade: «Puede decirse que hoy para la mayoría de los europeos, y aún más para la mayoría de los americanos, el progreso consiste en la expansión de la nueva civilización urbanomecánica: significa más cinematógrafos, automóviles para todos, instalaciones radiotelefónicas, métodos mortíferos más perfeccionados, compras en mensualidades, alimentos envasados, papeles pintados...»

La exactitud de esta observación no hace sino mostrarnos una vez más el acierto de los pensadores que han definido la moderna civilización occidental por este rasgo: el predominio en la sociedad de los ideales y del modo de entender la vida que significamos por la expresión «espíritu burgués».

Espíritu burgués y espíritu de Cruzada

Espíritu burgués que no trataremos ahora de analizar, pero al que debemos aludir aquí desde el principio de este número de *Cristiandad*. Porque en él, culminación y fracaso a la vez del humanismo del Renacimiento, se encuentra el camino seguido por la sociedad cristiana en su retorno al paganismo. [...]

En el siglo XVIII el deísmo tendía a minimizar la Providencia paternal de Dios y su soberanía sobre la Creación, se forjaba un Dios no ya Señor y Padre sino solo Arquitecto del universo. Con ello pretendía reducir la religión «dentro los límites de la Razón», bien pronto se iba a negar a la razón misma toda visión trascendente y reducir su campo propio a la ciencia positiva.

Ciencia al servicio de la técnica, al servicio, como fin último, del bienestar y del progreso económico, de una vida confortable. Al cabo de algunas generaciones de emplear las energías espirituales del hombre al servicio de las ciencias de la cantidad y la materia, creyendo con ello servir a la vida, nos hemos encontrado con que la naturaleza humana misma se

Porque el «espíritu burgués» ha sido y es «espíritu de cálculo», es antitético de una vida humana profunda. Es antitético de la religión, de la piedad, del entusiasmo y del sacrificio, del amor, enemigo del espíritu de Cruzada.

rebela contra la sequedad de un pensamiento mecanizado. [...]

Porque el «espíritu burgués» ha sido y es «espíritu de cálculo», es antitético de una vida humana profunda. Es antitético de la religión, de la piedad, del entusiasmo y del sacrificio, del amor, enemigo del espíritu de Cruzada.

Ciertamente, el espíritu burgués viene a definirse por el espíritu de cálculo, cálculo que no deja de extenderse a la vida religiosa y moral. La invasión de tal espíritu entre los católicos produce el tipo del que deliberadamente reduce sus problemas religiosos al de llegar «hasta cierto grado de contentar su alma». «¿Cuánto puedo yo adquirir, cuánto puedo yo gozar sin pecado grave?», se preguntará el más escrupuloso de los tentados de tal espíritu. Y el sentido de esta pregunta será el de desear ver más y más alejado este límite.

«¿Con cuánto podré yo pensar que satisfago las exigencias divinas?»

Y el sentido de la pregunta es ahora el de encontrar el punto, lo más inferior posible, en que podré pensar ya que «Dios no me pide más», que no me exige ya sacrificio y entusiasmo generoso. Se trata de minimizar la exigencia de Dios en mis cosas y en mí mismo, de salvaguardar «los derechos del Hombre» frente a Dios.

La religión consiste en reconocer y acatar la soberanía absoluta de Dios Nuestro Señor. Aquel espíritu es antitético a la religión. La piedad consiste en entregarse confiado en brazos de Dios nuestro Padre. Aquel espíritu es contrario a la vida de piedad.

El espíritu de cálculo está reñido con todo afecto generoso, con todo noble entusiasmo del corazón. Por esto el espiritualmente burgués es enemigo del espíritu de Cruzada. ¡Cuántos «perversos caballeros» hallaría hoy san Ignacio en el Occidente que llamamos cristiano, que no responderían al llamamiento de la Cruzada del Rey temporal! No nos engañemos, maldecimos la cruzada porque nos irrita el entusiasmo y el sacrificio, por miedo, o por odio, a la Cruz.

La mensajera del Amor misericordioso de Dios, la que habla del Corazón de Dios a los hombres «sin corazón», la que hubiera deseado también «morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia» en medio de sus innumerables vocaciones, nos da la lección que, si nos hace ver que el «espíritu de cálculo» es sobre todo antitético del amor, nos invita a la vez a la confianza y a la audacia para desprendernos de él.

He aquí su lección: *Ah! sans compter je donne, étant bien sûre que, lorsqu'on aime on ne calcule pas.*

«Os quitaré el corazón de piedra de en medio de vuestras entrañas, y os daré un corazón de carne» nos promete el profeta.

«El Espíritu es el que vivifica»

Un extraño misterio se encierra en esta promesa: ¿No nos dice Jesucristo que «el Espíritu es el que vivifica, pero la carne de nada aprovecha»? ¿Por qué no nos hace Dios anunciar por el Profeta que vivificará con su divino Espíritu nuestro corazón petrificado por el egoísmo? ¿Nos promete acaso algo de menos valor, algo que «nada aprovecha»?

San Pablo nos describe en la Carta a los Romanos a los hombres del paganismo: «Como no quisieron reconocer a Dios, Dios los entregó a un réprobo sentido... quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad, llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos,

infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgarrados, sin amor...»

«*Sine affectione*». Con el corazón desamorado y lleno de corrupción. Con un corazón de piedra.

Hombres así, desnaturalizados, sin corazón de carne, sin afectos humanos, crea también el paganismo moderno. Por esto mismo el progreso sin Dios ha terminado en la ruina y en la muerte, en la muerte corporal y en la muerte del alma, en la muerte del corazón.

Y los muertos no resucitan si no es por la omnipotencia y la bondad de Dios. ¡Ay de nosotros si como es axioma de la mentalidad «burguesa», Dios no hiciese ya milagros! Pero los hace. «El Espíritu es el que vivifica».

Sólo el Espíritu Santo viviente en nuestras almas puede de nuevo dar vida a nuestro corazón petrificado.

Pero la divina sabiduría, que alcanza de un extremo a otro con fortaleza y dispone todas las cosas con suavidad, nos ha ofrecido a los hombres «un nuevo Mediador, de una como segunda redención amorosa». Un mediador entre la santidad del Espíritu de Dios y la debilidad de nuestro corazón corrompido y seco.

En Él habita el Espíritu Santo, Él vive en nosotros. El Corazón de Cristo es el nuevo Mediador y Cristo nos lo da para que sea, como escribe el padre Ramière, «corazón de cada cristiano». En verdad nos quita el corazón de piedra, nuestro corazón de carne corrompido por el pecado, y nos da un corazón de carne. Un corazón de carne, que es el Corazón de Dios.





Actualidad religiosa

Javier González Fernández

La Iglesia reconoce un nuevo milagro eucarístico en Vilakkannur

LOS milagros eucarísticos son intervenciones prodigiosas de Dios que tienen por finalidad confirmar la fe en la presencia real del cuerpo y la sangre del Señor en la Eucaristía bajo las apariencias del pan y del vino. Así lo explica el padre Roberto Coggi, O.P. en la introducción a la exposición sobre milagros eucarísticos en el mundo, confeccionada por el beato Carlo Acutis y en la que se recogen más de cien milagros eucarísticos aprobados por la Iglesia. Ahora, desafiando una vez más esa mentalidad racionalista que parece invadirlo todo, el Señor ha querido que un nuevo milagro pueda añadirse a dicha exposición.

Se trata de la prodigiosa aparición del rostro de Cristo en la hostia consagrada durante la celebración de la santa Misa en la iglesia de Cristo Rey de la parroquia de Vilakkannur (India) el 15 de noviembre de 2013 y que aún continua visible a día de hoy.

Tras la consagración eucarística el padre Thomas Pathikkal, vicario parroquial, notó la presencia de unas extrañas manchas en el pan sacramental, manchas que en seguida formaron el rostro del Señor. El hecho fue puesto de inmediato en conocimiento de las autoridades eclesásticas de la Iglesia siro-malabar, que constituyeron una comisión doctrinal

para analizar lo ocurrido, presentando sus primeras conclusiones el 21 de diciembre de 2013.

En 2018 la hostia consagrada fue enviada a Roma a instancias de la Congregación para la Doctrina de la Fe para realizar una investigación más profunda mediante un comité de científicos y teólogos. El 23 de enero de 2024 la hostia fue trasladada de nuevo a la India, donde un equipo dirigido por sacerdotes carmelitas de María Inmaculada llevó a cabo otro estudio detallado (espectroscopía infrarroja por transformada de Fourier (FTIR), cromatografía líquida de alta resolución (HPLC) y espectrometría de masas) en la Universidad de Cristo sita en Bangalore. El 2 de abril de 2024 el padre Biju Muttathukunnel, vice-canciller de la diócesis de Thalassery y vice-procurador de la Iglesia siro-malabar ante la Santa Sede, presentó en Roma los resultados obtenidos: «El estudio realizado en la India y en el extranjero ha demostrado que la imagen sagrada está formada por la misma substancia que la Hostia y que no había rastro de ningún otro material (...) Por lo tanto, se ha calificado como un signo eucarístico».

Finalizado con éxito todo este proceso y con el visto-bueno dado por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 19 de marzo de 2025, el pasado 31 de mayo más de 10.000 fieles de toda la archidiócesis de Thalassery

asistieron a una solemne ceremonia en la parroquia de Vilakkannur, presidida por el arzobispo Leopoldo Girelli, nuncio apostólico en la India y Nepal, y por Joseph Pamplany, arzobispo de Thalassery, en la que se leyó la aprobación oficial del Vaticano de este nuevo milagro eucarístico y se expuso la hostia consagrada para su adoración permanente.

Durante la celebración, monseñor Girelli dio gracias a Dios por los milagros que han demostrado la presencia de Cristo en la Eucaristía a lo largo de la historia e invitó a interpretar este acontecimiento extraordinario dentro del camino que está recorriendo la Iglesia siro-malabar, marcado por la herida de las divisiones precisamente en torno al modo en que debe desarrollarse la celebración eucarística de este rito oriental, la Sagrada Quarbana. «El milagro de Vilakkannur –comentó el nuncio– recuerda a la Iglesia siro-malabar que la Sagrada Qurbana es un signo de comunión con Dios y de unidad de los fieles, y no de discordia. (...) Cristo en la Eucaristía es el centro de la vida cristiana. Por lo tanto, la celebración de la Eucaristía no debería traer división. (...) Es mi ferviente esperanza que esta iglesia de Cristo Rey en Vilakkannur se convierta en el reino de la reconciliación y la unidad para la Iglesia siro-malabar y en el centro de peregrinación para la adoración eucarística en la India».

Discurso del papa León XIV a las asociaciones de fieles

Con ocasión del encuentro anual organizado por el dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida el pasado 6 de junio el papa León XIV se dirigió a los moderadores, responsables internacionales y delegados de las agregaciones eclesiales reconocidas

o erigidas por la Santa Sede para agradecerles el servicio de guía y animación que prestan. «Apoyar y animar a los hermanos en el camino cristiano implica responsabilidad, compromiso, y a menudo también dificultades e incomprendimientos, pero es una tarea indispensable y muy valiosa».

«Los grupos a los que pertenecen –continuó el Santo Padre– son muy diferentes entre sí, por naturaleza e historia, y todos son importantes para la Iglesia. Algunos nacieron para compartir un propósito apostólico, caritativo o de culto, o para apoyar el testimonio cristiano en entornos sociales específicos. Otros, sin embargo, surgieron de una inspiración carismática, un carisma inicial que dio vida a un movimiento, a una nueva forma de espiritualidad y evangelización».

Tras remarcar el carácter comunitario –«¡Nadie es cristiano solo!»– como una característica esencial de la vida cristiana y la importancia del apostolado asociado de los fieles, León XIV reflexionó sobre «las realidades que nacen de un carisma», que son también una dimensión esencial en la Iglesia, y, en concreto, sobre los carismas en relación con la gracia, con el don del Espíritu.

«Todo en la Iglesia –afirmó el Papa– se entiende en referencia a la gracia: la institución existe para que la gracia se ofrezca siempre, los carismas surgen para que esta gracia sea recibida y dé fruto. Sin carismas, se corre el riesgo de que la gracia de Cristo, ofrecida en abundancia, no



encuentre la tierra fértil para recibirla. Por eso Dios suscita los carismas, para que despierten en los corazones el deseo de encontrar a Cristo, la sed de la vida divina que él nos ofrece; en una palabra, ¡la gracia!. Con esto deseo reiterar (...) que los dones jerárquicos y carismáticos “son constitucionales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús”. Gracias a los carismas que dieron origen a sus movimientos y comunidades, muchas personas se han acercado a Cristo, han redescubierto la esperanza en la vida, han descubierto la maternidad de la Iglesia y desean ser ayudadas a crecer en la fe, en la vida comunitaria, en las obras de caridad, y a compartir con los demás, a través de la evangelización, el don recibido».

El Santo Padre acabó su discurso invitando a todas las asociaciones y movimientos eclesiales a colaborar fiel y generosamente con el Papa, especialmente en dos aspectos: siendo fermento de unidad y poniendo los talentos recibidos al servicio de la misión. Y les exhortó: «¡Tened siempre al Señor Jesús en el centro! Esto es esencial, y los carismas mismos sirven para este propósito».



Actualidad política

Jorge Soley Climent/ Piero Viganego Busquets

El nunca resuelto conflicto entre hindúes y musulmanes

QUE la frontera entre la India y Paquistán es una de las más calientes del mundo no es ninguna novedad. Ambos países nacen de la partición que siguió al fin del dominio británico sobre el Raj en la península del Indostán en 1947. El sueño de Gandhi fue eso, un sueño, y las peores previsiones se hicieron realidad, desatándose una feroz guerra civil entre hindúes y musulmanes nada más abandonar los británicos la que había sido la joya de su Imperio. De allí nació el musulmán Paquistán, el país de los puros, y la India, donde la mayoría es hindú pero que alberga en su seno a una minoría de musulmanes, 14% de la población total de la India, que en algún estado, como Cachemira, alcanzan el 70%. Desde entonces la tensión es permanente, especialmente peligrosa desde que ambos países poseen armamento nuclear, lo que ha dado lugar a cuatro guerras importantes (1947, 1965, 1971 y 1999) junto con numerosas escaramuzas y ataques terroristas.

La última escalada tuvo lugar a principios del mes de mayo de este año, cuando la India y Paquistán entraron en una espiral de represalias militares que tuvieron su origen en

la masacre terrorista islámica de Pahalgam, cuando islamistas procedentes de Paquistán atacaron a un grupo de turistas en un centro vacacional cachemir, seleccionando a los que no eran musulmanes y asesinandolos a sangre fría. La masacre se saldó con 26 muertos y la indignación se extendió por toda la India. Paquistán niega cualquier responsabilidad en el atentado, pero lo cierto es que sus servicios de inteligencia tienen estrechos vínculos con los terroristas islamistas.

Por su parte, la India es gobernada por Narendra Modi, un nacionalista hindú que cada vez apuesta más por una política agresiva de «hinduización». Modi, cuando fue gobernador del estado de Gujarat, en la frontera con Paquistán, toleró los pogromos antimusulmanes de 2002 y en 2024 inauguró el templo hindú Ram, en Ayodhya, en el emplazamiento de una mezquita arrasada por nacionalistas hindúes en 1992. En 2019, Modi ya respondió con ataques aéreos contra Paquistán a la matanza de soldados causada por un atentado terrorista suicida, también en Cachemira.

En este contexto, la reciente masacre ha tensionado aún más la relación entre ambos países. La India no puede permanecer pasiva ante estos ataques en su territorio, pero sabe



El presidente turco, Tayyip Erdogan y el presidente sirio, Ahmed al-Sharaa, en uno de sus recientes encuentros

de la gravedad que tendría una escalada militar con un país que también es potencia nuclear. Por ello, el ataque de represalia fue duro pero intentando que no degenerara en una guerra abierta, lanzando 24 misiles desde dentro de sus fronteras e impactando en campos de entrenamiento y otras bases de terroristas islámicos, pero no en instalaciones del ejército paquistaní.

La respuesta paquistaní, no obstante, fue mayor de lo esperado, con fuego de artillería a lo largo de la frontera y el derribo de cinco aviones indios. No obstante, el ministro de Defensa paquistaní advirtió de que sus objetivos eran sólo militares, como dejando entender que tampoco Paquistán desea una escalada que podría llevar a una guerra abierta a gran escala.

Fue entonces cuando se puso en marcha la diplomacia internacional. Tanto China como Estados Unidos mediaron para que el conflicto no fuera a más. No fue fácil, pues incluso después de la firma de un alto el fuego se registraron ataques con drones por ambas partes. Finalmente ha regresa-

do la tensa calma a la frontera entre la India y Paquistán, una calma que sólo espera el menor incidente para volver a saltar por los aires.

Silencio de Europa frente a la deriva de una estratégica e incómoda Turquía

En las últimas semanas, Turquía ha vuelto a ocupar los titulares no sólo por su creciente implicación militar en el escenario sirio, sino también por una nueva oleada de represión política interna impulsada por su presidente, el islamista «a la turca» Recep Tayyip Erdogan.

Turquía, dada su estratégica posición geográfica y el rol geopolítico desempeñado en los últimos años, es un actor crucial en tablero geopolítico mundial, especialmente en lo relativo a las relaciones entre Europa occidental y el mundo islámico. Heredera del Imperio otomano, cuya influencia se extendió durante siglos por el sudeste de Europa, el norte de África y el Medio Oriente, la **Turquía moderna ha intentado mantener un delicado equilibrio entre su identi-**

dad islámica, su herencia imperial y sus aspiraciones occidentales.

En 1952, abrazando el modelo de laicismo y modernización promovido por Ataturk, el país se convirtió en miembro clave de la OTAN durante la Guerra Fría y en un socio crucial para la estabilidad regional, especialmente en las dinámicas migratorias, energéticas y de seguridad. Sin embargo, esta compleja identidad también ha sido fuente de tensiones internas y externas, particularmente en el contexto del auge del islam político y las transformaciones en Oriente Medio.

La llegada al poder de **Erdogan** a comienzos del siglo XXI marcó el inicio de una nueva etapa, tanto para la política interna turca como para su rol en el escenario internacional. Primer ministro desde 2003 y presidente desde 2014, Erdogan ha transformado profundamente el sistema político turco, desplazando el legado laico y consolidando un modelo autoritario basado en el nacionalismo religioso y el liderazgo personalista. Inicialmente percibido como un reformista moderado, con el tiempo Erdogan ha concentrado el poder en torno a su

figura, erosionando el equilibrio de poderes, subordinando la justicia y restringiendo las libertades civiles. En el plano internacional, ha reorientado la política exterior turca hacia una mayor autonomía estratégica, desafiando a la Unión Europea, tensando su relación con Estados Unidos y aumentando su influencia en regiones como el Cáucaso, África y especialmente Oriente Medio.

En este contexto de transformación profunda, el actual momento político que vive Turquía adquiere un significado particularmente delicado. Erdogan, consciente de que su proyecto de poder enfrenta un desgaste tras más de dos décadas de gobierno, ha intensificado su control sobre las instituciones en vísperas de unas elecciones que podrían poner en riesgo su continuidad.

En este contexto, Ekrem İmamoğlu, alcalde de Estambul desde 2019 y miembro del CHP (Partido Republicano del Pueblo), fue detenido bajo cargos que muchos consideran políticamente motivados. Su reciente victoria electoral fue vista como un duro golpe para el AKP, el partido de Erdogan, que había controlado Estambul durante más de 25 años. El gobierno parece haber buscado desde entonces debilitar su figura mediante procesos judiciales y campañas de descrédito.

El reciente arresto ha provocado protestas masivas en varias ciudades turcas, lo que demuestra que una parte significativa de la población no está dispuesta a aceptar pasivamente la deriva autoritaria del país. Como respuesta, el Gobierno ha anunciado avances en las negociaciones de paz con el PKK, organización terrorista según la UE y EEUU, en un intento de reducir tensiones internas.

A la represión interna se añade la narrativa ideológica que Erdogan

ha ido construyendo en los últimos años: la de una «Nueva Turquía», moralmente restaurada, fuerte militarmente y emancipada de Occidente, apoyándose en una combinación de nacionalismo, islam político y autoritarismo institucional. Bajo esta visión, Erdogan se presenta como el único líder capaz de garantizar la estabilidad, proteger los intereses nacionales y restaurar la gloria otomana perdida.

La estructura del Estado ha sido rediseñada para otorgar más poder al presidente: el sistema parlamentario fue reemplazado por uno presidencialista tras el referéndum de 2017, y

Este nuevo contexto pone de manifiesto la contradicción de un país miembro de la OTAN que está claramente avanzando con paso firme hacia un modelo autoritario e islamista sin recibir una sola sanción ni una condena firme por parte de sus aliados

desde entonces, el control sobre los medios, la judicatura y las fuerzas armadas se ha vuelto casi total. Esta acumulación de poder ha permitido a Erdogan maniobrar con eficacia ante crisis internas, como el intento de golpe de Estado de 2016 o las recientes turbulencias económicas.

Mientras Erdogan neutraliza a sus rivales internos, expande su influencia fuera de las fronteras. En Siria, tras la caída del régimen de Bashar al-Assad y el repliegue de Rusia e Irán, Turquía ha fortalecido su presencia militar y política. Ankara ha establecido acuerdos con el nuevo gobierno interino sirio y desplegado tropas en zonas estratégicas, lo que

ha generado una respuesta agresiva por parte de Israel.

La confrontación entre Turquía e Israel en territorio sirio marca un giro significativo en la política exterior turca. Ankara, que anteriormente mantenía una relación ambivalente con Tel Aviv, ahora se posiciona abiertamente en contra de su presencia militar en la región, en parte como respuesta a la ofensiva israelí en Gaza y en parte como reafirmación de su papel como defensor de los musulmanes en Oriente Medio.

Mientras tanto, en el plano interno, Erdogan se asegura de que no haya nadie que pueda cuestionar su liderazgo. El arresto de İmamoğlu no es un hecho aislado, sino una pieza más en la consolidación de un régimen autoritario con aspiraciones hegemónicas tanto dentro como fuera del país.

Este nuevo contexto pone de manifiesto la contradicción de un país miembro de la OTAN que está claramente avanzando con paso firme hacia un modelo autoritario e islamista sin recibir una sola sanción ni una condena firme por parte de sus aliados, que sí lo harían si sucediera algo similar en un país que no fuera miembro de la OTAN.

Este doble rasero deja en evidencia a gran parte de los dirigentes europeos: rápidos para pronunciar discursos grandilocuentes sobre los valores universales, pero mudos cuando estos valores son pisoteados por un socio estratégico incómodo. Turquía, bajo Erdogan, no solo retrata la (falta de) coherencia de sus aliados, sino que, con cada paso que da sin consecuencias, expone la vacuidad moral de un orden occidental que dice sostenerse en los valores democráticos y (cuando interesa) los derechos humanos.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

🖱 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 94 33



Colabore en la difusión
CRISTIANDAD
¡Suscriba a un amigo!

La revista CRISTIANDAD necesita su ayuda para continuar contribuyendo a la extensión del Reino de Cristo a través de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Suscripción anual

| | |
|-------------------------------------|----------|
| Suscripción España (papel) | 50 euros |
| Suscripción fuera de España (papel) | 65 euros |
| Suscripción en formato digital | 20 euros |
| Suscripción de colaborador (papel) | 80 euros |

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/administracion.cristiandad@orlandis.org>

Donativos:

- Domiciliación bancaria
- Ingreso en cuenta:
ES18-2100-1366-12-0200082911
(Fundación Ramon Orlandis i Despuig)



Terror rojo

Núñez Roldán, Francisco

Editorial: Sekotia
288 páginas
Precio: 19,95€

Un análisis valiente y documentado de la violencia en la retaguardia republicana durante la guerra civil española. Francisco Núñez Roldán presenta los crímenes extrajudiciales, las persecuciones religiosas y la destrucción sistemática del patrimonio artístico y cultural que se produjeron en la zona controlada por el Frente Popular.

El libro revela los orígenes ideológicos de esta violencia, vinculándola con las directrices de la Internacional Comunista y la implantación del modelo soviético. Desmonta la visión simplificada de una República idílica truncada por militares rebeldes, mostrando cómo desde 1931 se gestó una atmósfera de intolerancia que culminaría en la guerra.



Obras completas (1). Apóstol del Sagrado Corazón

Orlandis i Despuig, Ramón

Ediciones Cor Iesu
372 páginas
Precio: 30,00€

La presente edición de sus Obras completas recoge su obra escrita, dividiéndola en varios volúmenes según las facetas de su magisterio: apóstol del Sagrado Corazón (tomo I), hijo de san Ignacio de Loyola (tomo II) y discípulo de santo Tomás de Aquino (tomo III). En este primer tomo el lector encontrará escritos de diverso género, como artículos y poesías, en los que se refleja la profunda comprensión que Orlandis tenía de la espiritualidad del Sagrado Corazón, entremezclándose sus facetas de «continuador del padre Enrique Ramière» y «hermano espiritual de santa Teresita del Niño Jesús».



En defensa de lo evidente

Thibon, Gustave

Editorial: Rialp
394 páginas
Precio: 25,95€

Thibon ofrece aquí una colección de artículos escritos para lectores de Francia, Bélgica y Suiza entre 1960 y 1980, donde ofrece una mirada de sentido común capaz de superar todo prejuicio. Su pensamiento luminoso, accesible a todos, se muestra entre referencias a acontecimientos fáciles de datar, que le sirven de pretexto para reflexiones atemporales, válidas para nuestros días.



CONTINUADOR DE LA OBRA DEL PADRE ORLANDIS

«El magisterio del padre Orlandis dio en el doctor Canals cuantiosos frutos. No es aventurado afirmar que fue él su más fiel discípulo, quien mejor comprendió su intención apostólica, quien más intensamente vivió su mensaje espiritual completo: devoción al Sagrado Corazón y expansión del reinado de Cristo Rey como bases constitutivas de una teología de la historia radicalmente opuesta a mesianismos inmanentistas o pseudocristianos; sujeción al mensaje de la infancia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús; estudio profundo de la filosofía y la teología de santo Tomás, no a partir de manuales al uso sino, como recordó el padre Eusebi Colomer, S.I., al comentar su fundamental obra *Sobre la esencia del conocimiento*, contemplando las cosas de hoy con los ojos de santo Tomás; antiliberalismo aplicado al estudio de la historia de España, y en especial, de Cataluña.

Si al padre Orlandis debemos el nacimiento y la consolidación de *Schola Cordis Iesu*, al doctor Canals le debemos su maduración y su proyección, en obras y en discípulos esparcidos por España y América».

Cristiandad 931 (febrero de 2009) 3